La Gringa

Florencio Sánchez

La acción en la Provincia de Santa Fe. Época actual [1904].

PERSONAJES

MARÍA, mujer de don Nicola.

VICTORIA, hija de don Nicola y de María.

NILDA, hija del fondero.

ROSINA, niña de 10 a 12 años, hija de don Nicola y de María.

MARGARITA, mujer del fondero y madre de Nilda.

DON NICOLA, marido de María y dueño de la ex chacra de Cantalicio.

CANTALICIO, padre de Próspero. Acérrimo enemigo de los gringos.

PRÓSPERO, hijo de Cantalicio. Mantiene relaciones con Victoria.

PAISANO, peón de chacra.

DOCTOR, médico rural, desaprensivo con los humildes.

HORACIO, hijo de don Nicola y de María.

CURA, fraile amigo del juego y de los pudientes.

CONSTRUCTOR, dirige las reformas de la chacra.

Pretende casarse con Victoria.

FONDERO, marido de Margarita y padre de Nilda.

ALBAÑIL, ejerce su oficio en la chacra de don Nicola.

PEONES 1°, 2° y 3°, trabajan al servicio de don Nicola.

ACOPIADOR, lleva instrucciones para ofertar precio

por el trigo de don Nicola.

DON PEDRO, uno de los parroquianos de la fonda.

LUIGGIN (Luisito), chiquillo de corta edad,

hijo de don Nicola y de María.

PARROQUIANOS, clientes de la fonda.

GRINGO, uno de los tantos colonos italianos concurrentes a la fonda.

COMENSALES, compañeros de mesa en la fonda.

ACTO PRIMERO

LA CHACRA DE DON NICOLA

A la derecha, fachada exterior de una casa sin revocar, de aspecto si no ruinoso, sucio y desgastado. Una puerta y dos ventanas sin rejas, y sobre éstas, a todo lo largo de la pared, una hilera de casillas -el palomar- bastante pringosas. Junto a la ventana, en primer término, algunos cacharros con plantas cubiertas con lonas, por la helada. A la izquierda, construcción de adobe y paja y un rancho largo con dos puertas. Al foro un gran pozo de balde de brocal bajo y un largo abrevadero en comunicación con el pozo por una canaleta; junto al pozo un baldecito manuable con una soga. Perspectiva amplia de terrenos de labranza en la que deben notarse los manchones negros de la tierra recién arada. En las paredes del rancho y de la casa, colgados, arreos, sogas, piezas de hierro viejo, bolsas, etc., y por el suelo, en desorden, picos, palas, rastrillos, horquillas, una carretilla de mano, trozos de madera, un arado viejo, bancos, cacharros. Junto al rancho, en segundo término, un yunque con las herramientas adecuadas. Pleno invierno. Al levantarse el telón, los rayos del sol naciente empiezan a bañar la fachada de la casa.

ESCENA PRIMERA

VICTORIA – MARÍA

VICTORIA (con traje tosco de invierno, gruesos botines y la cabeza envuelta en un rebozo aparece por la puerta primera izquierda y se detiene en mitad de la escena, indecisa, como pensando que olvida algo).- ¡Ah!... (Vuélvese rápidamente hacia los tarros de plantas y comienza a destaparlos.) ¡Qué helada!... ¡Qué helada!... (Se sopla los dedos ateridos.)

MARÍA (desde adentro, lejos).- ¡Oh!, ¡Victoria, Victoria!... ¿Es hora ya? ¿Está pronto eso?... (Tanto esta pregunta como la respuesta deben ser dichas en dialecto piamontés, si es posible.)

VICTORIA (observando la altura del sol).- Sí, es hora. ¿Pongo la señal ya?

MARÍA.- ¿Cómo no? (Victoria toma una bolsa del suelo, la engancha en una horquilla y va a colocarla sobre el brocal del pozo.)

ESCENA SEGUNDA

Los MISMOS - PROSPERO

PRÓSPERO (saliendo con una reja de arado en la mano. Lleva también ropa gruesa, la cara envuelta en un rebozo y los pies rebotados con tamango' de cuero de carnero).- ¡A buena hora pone la señal!... ¡Ya van llegando los peones del bajo!... Se les pegaron las sábanas, ¿eh?...

VICTORIA.- ¡Mejor!... ¿Y a usted qué se le importa?...

PRÓSPERO.- ¿A mí?... Nada... ¡Si usted anduviera trabajando desde las dos de la madrugada y con esta helada!... (Deteniéndola.) ¡Buenos días, pues!... Salude a los pobres... ¿Qué tal pasó la noche?

VICTORIA (hace una mueca).- ¡Zonzo!... (Coloca en orden, sobre un banco, los platos, cucharas y galletas.)

PRÓSPERO (volviéndose).- ¿Habla conmigo?...

VICTORIA.- No sé...

PRÓSPERO.- Anda mal el tiempo, ¿verdad?

VICTORIA (mimosa).- Ahora, por eso mismo, no le doy una cosa que le

VICTORIA (ocultando algo en la espalda).- ¿Eh? Ansioso...

PRÓSPERO.- ¡No sea mala!... ¡Muestre! (Intenta cogerle el brazo.)

VICTORIA.- ¡Salga!... ¡Atrevido!...

PRÓSPERO.- ¡Mire que se lo quito!

VICTORIA (alejándose).- ¡Vea!... ¡Pan, pan fresquito!...

MARÍA (desde adentro).- ¡Muchacha!... ¿Me traes el agua?...

VICTORIA (dejando el pan sobre el banco).- ¡Voy!... Agárrelo si lo quiere, pero... yo no se lo he dado. (Va al pozo y echa el balde.)

PRÓSPERO (toma el pan, lo divide en dos pedazos, que guarda en los bolsillos, y volviéndose a Victoria).- Espere... ¡Voy a ayudarle!...

VICTORIA.- No preciso.

PRÓSPERO (con fingida autoridad).- ¡Que no preciso ni no preciso!... ¡Salga de ahí!... ¡Qué se ha pensado! ¡Chiquilina desobediente!... (Intenta quitarle la soga.)

VICTORIA.- ¡Déjeme le digo! ¡Déjeme!... ¡No quiero!...

PRÓSPERO.- Bueno... Entonces entre los dos... ¡Vamos a ver! ¡Así!...¡U... upa!... ¡Cómo pesa!... ¡Tire usted, pues!...

VICTORIA. (Temerosa se aleja un tanto, conservando entre las manos una braza de soga, mientras Próspero recoge el balde.)

PRÓSPERO (después de una pausa).- ¡Diablo!... ¡Si había estado vacío!...

VICTORIA.- ¡Mentira!

PRÓSPERO.- ¡Mire!...

VICTORIA (se inclina para mirar y Próspero aprovecha el momento para darle un ruidoso beso).- ¡Atrevido!... (Le pega en la espalda un sogazo. El balde cae al pozo de nuevo.)

PRÓSPERO (Regocijado.).- ¡Ja, Ja!... ¡Cómo me duele!... ¡Ande irá el buey que no are! ... (Va hacia el yunque y se pone a limar la reja.)

ESCENA TERCERA

LOS MISMOS – MARÍA

MARÍA (aparece con un balde de leche. Debe conservar marcado acento italiano).- Buen día, Próspero. ¿Tiene mucho que hacer ahora?... Hágame un favor... Después, ¿eh?, que tornen el mate, lléveme la vaca negra al potrerito de la alfalfa (Próspero sigue su tarea.) ¡Maldita vaca!... Miren qué porquería de leche... Una gota... Ni vale el trabajo de ordeñarla... Y eso que todas las tardes le doy la ración... ¡Victoria!... ¿Has preparado el café para el viejo y los chiquilines?

VICTORIA (con cuatro o cinco escudillas de hojalata y cucharas en una mano y un atado de galleta dura en la otra).- ¡No puedo hacer todo a la vez, mamá!... Allí tiene las cosas prontas... el café... el agua hirviendo.

MARÍA.- ¡Haragana!... Ya te lo decía esta mañana. Levantáte... Levantáte... Y vos, nada. ¡Si no durmieras tanto, te sobraría el tiempo!... Se lo voy a contar a tu padre. ¡Desde que viniste del Rosario, te has vuelto muy señorona!... (Victoria se pone a tararear.) ¡Sinvergüenza!... Prepará eso y tiráme un balde de agua. ¡Ensegui¬da!... (Toma el balde de leche y vase izquierda rezongando.)

ESCENA CUARTA

LOS MISMOS - MENOS MARÍA

PRÓSPERO (bribón).- ¡Jo, jo, jo!... (De espaldas a Victoria golpea sobre el yunque, como si trabajara, y cantando alguna tonadilla conocida.)¡Bien hecho! ¡Bien hecho! ¡Me alegro mucho!...

VICTORIA.- ¡Ah! ¡Sí! ¡Tome!... Vea lo que hago... (Se limpia la cara con la manga.)

PRÓSPERO.- ¡Hum! ¡Cualquier día se lo borra!... (Toma la reja y vase derecha. Victoria extrae de nuevo el balde. Oye fuera voces diversas y chirridos metálicos. Los trabajadores van llegando con arados, a tomar el desayuno. Victoria cambia el agua en otro cubo y rápida¬mente lo lleva a María.)

VICTORIA (antes de hacer mutis).- ¡Mamá, ya han venido!...

ESCENA QUINTA

DON NICOLA - PEONES 1° Y 2° - MARÍA – VICTORIA

DON NICOLA.- Sí. ¡Natural! ¡Natural!... Los animales no sienten. ¿Eh?

PEON 1°.- Vea, don Nicola. Le digo que esa yegua es muy mañera. Esta madrugada, cuando la até, casi me rompe un balancín a las patadas...

DON NICOLA (sacándose los gruesos guantes verdes).- Ma, por eso no se la castiga, ¿me entiende? ¿Se ha pensado que las yeguas son hombres... y que comprenden las cosas cuando les pegan?

PEON l°.- No, pero...

DON NICOLA.- Basta. No se hable más... (Van saliendo lentamente los otros peones, con indumentarias parecidas a la que lleva Próspero. Algunos con arreos y herramientas en las manos, que arrojan al suelo en cualquier parte. Don Nicola se sienta sobre un tarugo o

banco, saca una pipa, la llena, la enciende pausadamente y comienza a desatarse los tamangos; después aparece Victoria con una olla hirviendo de mate cocido y se pone a llenar las escudillas. Los peones las van tomando uno por uno, con la ración de galleta, y se esparcen por el patio, sentándose en el suelo para tomar el desayuno. Pausa prolongada.) Diga, Ramón. ¿Va bien la reja en la melga del Alto Grande?...

PEON 2°.- No, señor don Nicola. Creo que debíamos dejar ese pedazo hasta que llueva. Aquello es romper arados y matar animales al ñudo. Ta muy seca la tierra.

DON NICOLA.- Bueno. Andáte ahora al rastrojo de la punta del alfalfar. Irá mejor... ¡Victoria! Traéme las botas... y decíle a Luiggin que me ate el tordillo viejo en el birloche. Voy al pueblo. ¿No ha venido Luiggin? ¿Dónde está ese muchacho?... (Victoria entra por la puerta derecha y regresa enseguida con las botas.)

MARÍA.- (asombrada).- ¡Oh!... ¿Vienen o no vienen a tomar el café?... ¡Qué se han creído!... Hace una hora que está pronto.

DON NICOLA.- Esperáte un poco... caramba... (Se pone las botas.)

VICTORIA.- ¿Quiere el otro saco?

DON NICOLA.- ¿Y cómo no?... (Victoria vase de nuevo.)

ESCENA SEXTA

LUIGGIN - DON NICOLA - PRÓSPERO - MARÍA - VICTORIA - ROSINA

LUIGGIN (aparece saltando con una liebre en la mano. Al ver a don Nicola trata de ocultarla.).- Buen día.

DON NICOLA.- ¿Qué es eso? ¿Qué es eso?...

LUIGGIN.- Nada... Una liebre...

DON NICOLA.- ¡Ah, canalla! Has andado cansando la yegua, ¿eh?

LUIGGIN.- ¡Mentira!...

DON NICOLA.- ¿Cómo?

LUIGGIN.- Digo, no, señor. La agarraron los perros. ¡Yo no la corrí!... Iba por el alfalfar y...

DON NICOLA (amenazador).- Los perros, ¿no?... los perros... con que...

LUIGGIN.- Este... ¡Ah, tata! Del potrero del alfa falta un buey...

DON NICOLA (reaccionando).- ¿Cómo? ¿Cómo?...

LUIGGIN.- Un buey. El buey blanco. Para mí que se ha pasado al potrero de don Cantalicio.

DON NICOLA.- ¿Pasado?... ¡Hum!... ¡Pasado o... robado!...

PRÓPERO.-(incorporándose).- Oiga, don Nicola... Mi padre no es ningún ladrón pa que hable así... ¿sabe?

DON NICOLA.- Yo no digo que él lo haya robado... Podría ser otro...

PRÓSPERO (sentándose).- ¡Hum!... ¡Está bien!

MARÍA (asomándose otra vez).- ¿Pero no vienen a tomar el café? Yo no tengo la culpa si está frío... Diablo con la gente esta... ¿Se han pensado que estamos en la fonda?...

DON NICOLA.- Esperáte... (Victoria aparece con un saco de pana. Don Nicola se saca el puesto y el rebozo de la cara y se cambia. Mientras, sale Rosina, chica de diez a doce años, ocultando la mano izquierda y se acerca a uno de los peones pidiéndole algo. El peón le da una navaja y la chica va a sentarse en el suelo, en primer término. Entonces enseña la mano ensangrentada, sobre la que hurga con la punta del cuchillo.)

VICTORIA.- Bueno; vamos, vamos a tomar el café, que mamá está enojada... Vení, Luiggin... Pasá... (Mutis don Nicola y Luiggin.) ¿Y Rosina?... (Llamando.) ¡Rosina!...

ROSINA.- ¡Aquí estoy!... Esperáte un poco...

VICTORIA.- ¿Qué hacés? (Se aproxima a la chica y al ver la sangre da un grito.) ¡Muchacha!... ¿Qué te has hecho?... Dios mío...

ROSINA.- Nada... Una astilla... En la mancera del arado... Al hacer así...me la clavé.

VICTORIA.- ¡Oh!... ¡Qué barbaridad!... ¡Virgen Santísima!

VICTORIA.- Esa pobre chica... ¡Dios Santo!

DON NICOLA (alarmado).- ¡Cosa!... ¡Cosa! ... (Examina la mano de la chica y con gesto displicente.) ¡Bah!... ¡Zoncerías!... ¡No es nada!... ¡Zoncerías!... ¡Vení a tomar café!...

ROSINA.- ¡Eso digo yo!... Una pavada... (Se pasa la lengua sobre la herida y hace mutis con don Nicola y Victoria.)

ESCENA SÉPTIMA

PEONES 1°, 2° Y 3° - PRÓSPERO

PEON 1°.- ¡Pucha, gringos desalmaos!... Podridos de plata y haciendo trabajar a estas pobres criaturitas...

PEON 2°.- Por eso tienen plata, pues...

PEON 1°.- Natural... ¡Miren a esa chiquilina!... Dejuro que se ha tajeao una vena... y los padres tan frescos... ¡Había de ser hija mía!...

PEON 2°.- O mía... Hacer levantar a esas criaturas de Dios a las dos de la madrugada, con estas heladas, pa que trabajen como piones...

PEON 3°.-Y trabajan los botijas como hombres grandes... ¡Che! ¿Habrá más? (Va a la olla y se sirve otra escudilla de mate.)

PEON 2°.- Güeno, son estrangis y se acabó. Está dicho todo.

PROSPERO (alzándose).- ¡Cómo son ustedes de murmuradores!... Si fuesen dueños de la colonia harían trabajar hasta a los gatos...¡Salgan de ahí!...

.

PEÓN l°.- ¡Hijito!... ¡Yo no!...

PRÓSPERO.- ¡Ah!... Vos... ¡Qué esperanza!... Tus hijos serían diputados y las mujeres... modistas cuando menos... Cállense la boca... ¡Qué saben ustedes!... Búsquenme la última gringuita de éstas y verán qué mujer así les sale... qué compañera pa todo... habituada al trabajo, hecha al rigor de la vida, capaz de cualquier sacrificio por su hombre o por sus hijos... ¡Amalaya nos fuéramos juntos todos los hijos de criollo y de gringo, y verían que cría!

PEON 2°.- ¡Oigalé!... ¿Y qué hacés vos que no te juntás de una vez con la hija del patrón?...

PRÓSPERO.- Calláte la boca...

PEON l°.- ¿Te pensás que no te hemos visto prendido con ella en el brocal del pozo?...

PRÓSPERO (acercándose amenazador).- Bueno. Si me has visto, me has visto... Pero cuidado con la lengua...

PEON 2°.- No tengás miedo... Vos sabés, hermano, que...

Peón 3°.- Che, Próspero... Ahí llega uno a caballo que me parece tu tata...

PRÓSPERO (acudiendo a mirar).- Sí, es él. Apéese, viejo... (Vase foro derecha.)

ESCENA OCTAVA

MARÍA - PEÓN 1°

Los peones, comiendo aún, se levantan, depositan las escudillas sobre el banco y recogiendo sus herramientas, látigos y anexos, acomodándose las ropas, afilando las rejas (ad libitum) Desaparecen lentamente en el transcurso de las dos escenas siguientes.

MARÍA.- ¡Me hace el favor, Próspero!... ¡oh!... ¿Se ha ido ya?...

PEON l'.- No, señora. Fue a recibir al viejo Cantalicio que ha llegado...

MARÍA.- Bueno. Me hace el favor, ¿eh?, de decirle que no se olvide de llevarla vaca negra al potrerito... que la lleve con el ternero también, ¿eh?...Y que me traiga la otra vaca,

PEON 1°.- ¡Pierda cuidado! (A los otros.) ¡Fijáte, che!... ¡La vaca amarilla!... ¿Por qué no pedirá una vaca violeta?... (Risas.)

ESCENA NOVENA

PRÓSPERO - CANTALICIO

PROSPERO.- Pase nomás, viejo.

CANTALICIO.- Milagro que no hay perros,... Estos colonos saben tener la perrada enseñada a morder y garronear criollos. ¡Güen día!... ¿No hay nadie, che?

PROSPERO.- Están tomando el café. Siéntese por ahí. Yo me voy porque tengo mucho que hacer...

CANTALICIO.- No; quedáte no más. Tenemos que hablar un rato. Supon¬go que no te han de pegar porque demorés un poco...

PROSPERO.- Si es muy urgente... Bueno.

ESCENA DÉCIMA

VICTORIA - ROSINA - CANTALICIO

VICTORIA (apareciendo con Rosina, tironeándola).- Venga a curarse esa mano...

ROSINA.- Yo, yo solita quiero sacarme la espina... Si vos lo hacés me duele...

VICTORIA.- Venga a lavarse primero... (Viendo a Cantalicio.) ¡Buen día!... ¿Cómo está?...

CANTALICIO (seco).- Bien no más.

VICTORIA.- ¿Busca a tata?... Ya viene... Siéntese... (Le acerca un banco.) Está terminando, el viejo... ¡Qué milagro por acá!...

CANTALICIO.- Es verdá; un milagro... ¿Qué le ha pasao a esa criatura?...

ROSINA (con cierto orgullo).- Vea. Me clavé una astilla tremenda en la mano. Aquí; mire...

CANTALICIO (como distraído).- ¡Ta güeno!... (Victoria, impaciente, coge de un brazo a

ESCENA DECIMOPRIMERA

PRÓSPERO - CANTALICIO

PRÓSPERO.- ¿Qué le han hecho, tata, ellos pa que los trate así?... CANTALICIO.- A mí ... nada. ¿Y yo qué te hecho a vos pa que me vengas con esas cosas? ...

PRÓSPERO (displicente).- ¡Bah!... ¡Bah!... ¡Bah!... (Aparte.) Vale más que me vaya.

CANTALICIO.- ¿Qué estás rezongando?...

PRÓSPERO.- Digo, que si volvemos a las andadas... vale más que vaya al trabajo...

CANTALICIO.- ¡Te he dicho que esperés! ¡Ahí viene el gringo!...

ESCENA DÉCIMOSEGUNDA

DON NICOLA - CANTALICIO

DON NICOLA (con la pipa en la boca).- ¡Ramón! ¡Ramón! ¡Ah!... Buen día... ¿Cómo va, don Canta... licio?... Está bien, ¿eh? (Le tiende la mano.)

CANTALICIO (alargando la suya con desgano).- De salud, bien...

DON NICOLA.- Menos mal. (Sentencioso.) En este mundo... en este mundo la salud es lo primero. Habiéndola, lo demás es... trabajo…buenos puños...

CANTALICIO (aparte).- Güenas uñas pa robar...

DON NICOLA (a Próspero).- ¿Ramón se ha ido ya?... ¡Bueno... nada! (A Cantalicio.) Conque... hace frío, ¿eh?

CANTALICIO.- ¡Rigular!...

DON NICOLA.- Una helada de la gran siete... Y el tiempo no piensa llover... ¡La tierra más dura!... Se rompen los arados...

CANTALICIO.- Así ha de ser...

DON NICOLA.- Está bien, está bien... Usted venía por alguna cosa, ¿verdad?...

CANTALICIO.- Sí, señor.

DON NICOLA (sacando la ceniza ala pipa).- ¡Está bueno!... ¿Le ha ido bien de negocios?...

CANTALICIO.- ¡Como el diablo!...

DON NICOLA.- Está bien... (Se frota las manos.) Usted viene a hablar¬me, ¿verdad? Bueno... Yo voy adentro, a mi cuarto, a buscar los papeles, ¿eh? Usted me disculpará un ratito... Con permiso, ¿eh? (Vase, frotándose las manos.)

ESCENA DÉCIMOTERCERA

CANTALICIO - PRÓSPERO

CANTALICIO.- ¿Lo has visto al gringo?... Mirálo qué contento. Ha husmeado que no le traigo plata... ¡Hum!...

PRÓSPERO.- No sé de qué me habla...

CANTALICIO.- Hacéte el desentendido. Cuando menos, sos socio ya de él... ¿No sabés que ayer se me vencieron todos los papeles que le firmé... y que no tengo con qué pagarle?

PRÓSPERO.- ¿Eh? La culpa no es mía...

CANTALICIO.- ¡Desalmao!... Es que me va quitar el campo... y la casa...y todo...

PRÓSPERO.- ¿Y?...

CANTALICIO (desconcertado).- Es que todo esto es tuyo también... que nos quedaremos los dos sin nada...

PRÓSPERO.- ¡Pa lo que he tenido!...

CANTALICIO.-Miró, Próspero... No empecés con esas cosas... Viá creer que ya me has perdido el poco cariño que me tenías... Vení aquí, a mi lado... ¡Sentáte!... ¿Te parece cosa linda que de la mañana a la noche, un estrangi del diablo, que ni siquiera argentino es, se te presente en la casa que has nacido, en que te criaron tus padres y vivieron tus agüelos... se te presente y te diga: fuera de acá; este rancho ya no es suyo, ni ese campo es suyo, ni esos ombuses, ni esos corrales, ni esos cercos son suyos?... (Conmovido.) ¿Te parece justo y bien hecho?...

PRÓSPERO.- Yo no le digo que sea justo, tata. Digo... que no tengo la culpa... Usted sabe que desde hace tiempo vivo por mi cuenta y de mi trabajo. Jamás me he metido en sus negocios...

CANTALICIO.- Lo sé muy bien, pero...

PRÓSPERO.- Y si pudiera pagarle a don Nicola lo que usted le debe, lo haría con mucho gusto...

CANTALICIO.- Entonces creés que debo quedarme tan fresco y dejar que éstos me pateen el nido.

PRÓSPERO.- ¡Qué más remedio! Si usted me hubiese dado el campito cuando yo se lo pedí pa sembrarlo, no se vería en este trance; pero se empeñó en seguir pastoreando esas

vaquitas criollas que ya no sirven ni pa... insultarlas, y cuidando sus parejeros y puro vivir en el pueblo, y déle al monte y a la taba... y, amigo... a la larga no hay cotejo...

CANTALICIO.- Velay... ésa no me la esperaba... Llegar a esta edá pa que hasta los mocosos me reten... ¡Salíte de acá, descastao!...

PRÓSPERO.- No, tata. No sea así... "Bisogna eser"…

CANTALICIO.- ¡No digo!... Conque "bisogna", ¿no?... ¡Te has vendido a los gringos!... ¿Por qué no te ponés de una vez una caravana en la oreja y un pito en la boca y te vas por ahí a jeringar a la gente?... ¡Renegao!... ¡Mal hijo!...

ESCENA DÉCIMOCUARTA

DON NICOLA - CANTALICIO

DON NICOLA (apareciendo con una escopeta a la espalda y un rollo de papeles en la mano).- ¡Cosa! ¡Cosa!...

CANTALICIO.- Nada, señor.

DON NICOLA.- Disgustos con el muchacho, ¿no?... Bueno... ¡no es malo el muchacho!... Trabajador... honrado... Está bien... Conque... aquí tenemos los papelitos, los papelitos.

CANTALICIO.- ¿Y pa qué se viene con escopeta?... ¿Piensa que soy algún bandido?...

DON NICOLA.- ¡Qué esperanza! Usted es buen hombre... un buen criollo... Traigo la escopeta por las dudas... Como voy al pueblo, ¿eh? Siempre se encuentra una liebre... una martineta en el camino... Diga. ¿No ha visto un buey blanco en su potrero?

CANTALICIO.- Sí, y acabo de arrearlo pa cá... Güeno. Vamos a ver si arreglamos eso...

DON NICOLA.- ¡Vamos a ver si lo arreglamos! A mí me gustan los negocios derechitos, ¿sabe? (Revisa los papeles lentamente.) Tres mil... tres mil... y setecientos... son tres mil setecientos, ¿no?... y quinientos, son cuatro mil doscientos... y cuatrocientos cincuenta más... aquéllos, ¿se acuerda?, del valecito... Bueno; en total cuatro mil seiscientos cincuenta pesos nacionales del país... ¿eh? (Mientras don Nicola hace su cuenta, pasa Victoria hacia el foro con un cernidor aventando maíz o trigo. Próspero la sigue con la mirada y a poco vase también.)

CANTALICIO.- Justito... No ha puesto nada de menos...

DON NICOLA.- Y ahora nos vamos al pueblo... al escribano... y usted me da la platita... y se lleva todos estos papelitos... Digo, si usted me trae la platita...

CANTALICIO.- No traigo nada... Usted lo sabía mejor que yo...

DON NICOLA.- Entonces, ¿qué cosa hacemos?... Usted lo dirá...

CANTALICIO.- Una renovación... Vea... con franqueza, yo venía a pedirle que me diera un año más de plazo... al interés que usted diga...

DON NICOLA.- ¿Un año?... ¿Un año?... Mire... Usted es un buen hombre, ¿sabe?, un buen criollo... pero de negocios entiende poco... ¿Un año? Esto son cosas que no se pueden hacer.

CANTALICIO.- ¿Cómo que no?... ¿Quién le ha dicho?...

DON NICOLA.- Le voy a ser franco, ¿sabe? Si ahora usted no me puede pagar, dentro de un año me paga menos...

CANTALICIO.- ¿Usted qué sabe?

DON NICOLA.- ¡Pa!... ¡pa!... ¡pa!... Si no supiera esas cosas...

CANTALICIO.- ¿De modo que usted quiere quedárseme con el campo?

DON NICOLA.- Bueno. Para decirle la verdad... Usted tiene razón... Y eso, ¿sabe?, es el negocio que le conviene a usted. Necesito el terreno. Mi hijo, ése que estudia de ingeniero en Buenos Aires, me ha demandado que le busque tierra porque quiere venir a poner una granja o cremería, o qué sé yo... Piense bien el negocio, ¿sabe?... De todos modos... ese campito está perdido. Si el año que viene o el otro... va a tener que entregármelo, me lo entrega hoy y se gana los intereses...

CANTALICIO (paseándose nervioso).- ¿Y si a mí se me antoja no pagarle ni entregarle el campo, ni hoy ni nunca?...

DON NICOLA (rascándose la cabeza con socarronería).- ¿Si se le antoja?... Eso es una otra cosa...

CANTALICIO.- Y dirme al pueblo y meterle un pleito de todos los diablos.

DON NICOLA.- ¡Ah!... ¡No!... Con la hipoteca non se scherza, caro amico...

CANTALICIO (aparte).- ¿Qué no?... Ya vas a ver... ¡Conozco un procu¬rador que te va a meter cada esquerzo!... (A don Nicola.) ¿De modo que no me espera?

DON NICOLA.- No me conviene...

CANTALICIO.- ¿Última palabra?... Bueno. Proteste, demande... haga lo que quiera. Yo no pago ni entrego el campo. Está dicho...

DON NICOLA.- Bueno. Pero vea que usted se perjudica, ¿no?...

CANTALICIO.- Pero del lobo un pelo... adiosito...

DON NICOLA.-Escuche, amigo... ¡Escuche!... ¡Es por su bien! (Llegan voces acaloradas de foro izquierda. Don Nicola y Cantalicio se detienen.)

ESCENA DÉCIMOQUINTA

Los MISMOS - MARÍA

MARÍA (aparece con Victoria, tironeándola de un brazo).- ¡Inde¬cente!... ¡Sinvergüenza!... ¡Mala hija!... ¡Camina, pues!... (Como Victoria se resiste le aplica unos mojicones) Indecente…Indecente

DON NICOLA.- ¿Cosa?... ¿Cosa?... (Interponiéndose) ¡Victoria!... ¿Qué has hecho?

MARFA.- ¡Figuráte!... Yo iba para el corral a buscar una cuerdita que había dejado, y de repente me la veo a esta porcachona indecente (Le tira un manotón.) que se dejaba dar un beso con ese gauchito, ese... el hijo del señor... ¡Cochina!...

CANTALICIO.- ¡Oigalé!...

DON NICOLA.- ¿Cómo? ¿Cómo?... ¿Próspero la besaba?

MARÍA.- ¡Sí, Próspero!

DON NICOLA.- ¡Ah, no! ¡Ah, no! ¿Y dónde está ese atrevido?... (Lla¬mando.) ¡Próspero!... ¡Eh!... ¡Próspero!...

ESCENA DÉCIMOSEXTA

Los MISMOS - PRÓSPERO

PRÓSPERO (grave).- ¿Me llamaba, patrón?... DON NICOLA.- Diga, señor...

MARÍA.- ¿Cómo señor?... ¡Es un atrevido, un canalla, un pión!...

DON NICOLA.- Usted calláte, ¿eh?... Diga... ¿Esa es la manera de portarse con las personas decentes? ... ¿Qué se ha pensao... que está en la casa de una china como usted?...

CANTALICIO.- ¡Eh! ¡Baje la prima, gringo del diablo!

DON NICOLA.-...Como usted bien conoce, ¿eh? Diga, ¿qué se ha creído?...

PRÓSPERO.- Yo nada, señor...

DON NICOLA.- Nada, ¿eh?... Bueno. Entonces, ahora mismo arregla sus cosas y se manda mudar, ¿sabe?... (A Victoria.) Y vos, sinver¬güenza... (Empujándola.) Andáte pa dentro, que ya te voy a arre¬glar...

PRÓSPERO (interviniendo).- Vea, señor. Más despacio con ella. Ca¬ramba... Aquí no hay falta ni delito. Lo que pasa es que... los dos nos queremos y que estoy dispuesto a trabajar para casarme con ella.

DON NICOLA.- ¿Cosa?... ¿Cosa? Mándese mudar le digo... En seguida ¿eh?, ¡Casarse!... ¡Casarse!... Te gustaría ¿eh?... casarte con la gringa pa agarrar la platita... los pesitos que hemos ganado todos trabajando... ¡trabajando como animales sobre la tierra!... ¡Ya! Mándese mudar... ¡Haraganes!... aprendan a trabajar primero... No me faltaría otra cosa que, después de tanto sacrificio, pa juntar un poco de economía, viniese un cualquiera a querérsela fundir... Mándese mudar... (Próspero hace ademán de echarse sobre don Nicola. Cantalicio lo contiene. María empuja a Victoria hacia la derecha. Don Nicola sigue detrás hablando y volviendo la cabeza.) ¡Conque casarte! Casarte con la herencia, ¿no? Con la herencia del gringo viejo... pa gastarla en los boliches y jugarla en las carreras... ¡Haraganes!... (Vase mascullando frases en dialecto.) ¡Mándese mudar! Aprenda a trabajar primero.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

EN LA FONDA

En una fonda del pueblo. El comedor y despacho de bebidas. Puerta al foro que da a la calle. Una o dos, a derecha e izquierda, que comunican con el interior. Mostrador y armazón con botellas. Profu¬sión de mesas, una de ellas larga, ocupada por los parroquianos que almuerzan. En otras, gente que bebe aperitivos, lee diarios o charla simplemente. En uno de estos últimos grupos, un cura.

Detrás del mostrador un señor grueso –el fondista-, y sirviendo las mesas una muchacha, su hija. Las paredes del despacho, tapizadas de reclamos de máquinas agrícolas, retratos de los reyes italianos, etc., etc. Del techo penden una gran lámpara y guirnaldas de papel de colores. Donde resulte más cómodo, un ventanillo que comunica con la cocina.

ESCENA PRIMERA

GRINGO - CURA - MÉDICO - PARROQUIANOS 1° Y 2° - NILDA

Al levantarse el telón, gran bullicio. Un grupo de colonos, con trajes de pana, trenzados en los últimos tantos de una partida a la

murra

COLONO.- ¡Tre!... ¡Cuatro!... ¡Due!... ¡Tre!... ¡Due!... ¡Tre!... ¡Tutta la tnorra!... E finita (Risas y exclamaciones.)

GRINGO.-- ¡Patrone!... ¡Una botiglia de barbera!..

EL FONDERO.- ¡Súbito!...

EL CURA (dejando un diario).- ¿Han acabado de gritar? ¡Ya era tiempo, hombre! ... (Aproximándose al grupo.) Usted, doctor... ¿Qué tal se encuentra para una partidita a la escoba? ... Mire que debe la revancha de anoche...

EL MÉDICO- Podríamos hacerla de cuatro...

EL CURA.- Eso es. (A un parroquiano.) ¿Usted juega, don Pedro?...

PARROQUIANO 1°.- Por pasar el rato... ¿Cómo no?

EL CURA.- Falta otra pierna... ¿Usted entra?

PARROQUIANO 2°.- No puedo; tengo que irme a la estación. Voy a acompañar a Próspero, el hijo de don Cantalicio, que se va para el Rosario del todo.

NILDA (acercándose al ventanillo).- ¡Vitela para uno!... ¡Minestra para dos! ... ¡Un postre!... (Regresa con varios platos y sirve a diversos comensales.)

EL CURA.- ¡Caramba! ¿Y cómo hacemos? (Al fondero.) ¿Entra usted, patrón? Le jugamos yo y usted a don Pedro y al médico.

EL FONDERO.- ¡Cómo no! Ya estuvo... Voy a servirle a estos borrachos el barbera y en seguida... (Se acerca a la mesa de los colonos con botellas, copas y tirabuzón.)

EL CURA.- Aquí, en esta mesa no más. ¡Nilda!... ¡Nilda!... Trae las

cartas. Ya debían estar aquí, muchacha. Ya debían estar aquí...

NILDA.- ¡Ni que yo fuera Dios pa estar en todas partes! (Va en busca de las cartas al mostrador y vuelve con ellas. Mientras, el fondero destapa la botella y sirve vino a los colonos, que lo reciben con grandes muestras de alborozo.)

VOCES.- ¡Evviva el vin!... ¡Evviva!... ¡Evviva Garibaldi!...

EL CURA (volviéndose).- ¿Eh? ¿Eh? ¡Qué tanto Garibaldi ni Ga¬ribaldi!... Miren, mañana es fiesta y tendrán que ir a misa...

EL FONDERO (acercándose).- Aquí estoy... A ver, padre, cómo se porta, ¿eh?...

EL CURA.- Yo doy... (Da las cartas. Pausa. Los colonos, copa en mano, entonan uno de esos aires nostálgicos del Piamonte. Los parroquianos escuchan atentamente, a excepción del cura y sus compañeros, que continúan absorbidos por el juego. Antes de terminar el coro entra un paisano y se sienta cerca del mostrador, golpeando fuertemente con el mango del rebenque.)

ESCENA SEGUNDA

PAISANO - FONDERO - NILDA - CURA – MÉDICO

PAISANO.- ¿No hay quién sirva aquí?... ¡A ver, pues!...

EL FONDERO.- ¡Ya va, hombre!... ¡Hijo del país para ser barullento!...

¡Nilda, andá, serví a ése!... (Prosigue la jugada.)

NILDA.- ¿Qué va a tomar?...

GRINGO.- Ginebra con bitter..._

NILDA (sirviéndole rápidamente).- Ahí tiene... veinte centavos...

UN PAISANO (después de apurar la copa).- Diga, moza... ¿No ha caído por acá el médico?...

NILDA.- ¿El doctor Buottini?... Allí está, ¿no lo ve? ...

PAISANO.- Ni lo había visto. (Acercándose al grupo.) Güen día, señor dotor ... Yo venía a buscarlo para ver si quiere dirse hasta la chacra de los Bertoni, que hay un enfermo grave.

EL CURA (alarmado).- ¿Cómo? ¿Bertoni está enfermo? ¿Cuál de ellos? ¡Pobre!...

PAISANO.- No es ninguno de los colonos... Es un pión del mediero un cordobesito joven...

EL CURA.- ¡Ah!... ¡eso es otra cosa!...

PAISANO.- ¿Cómo otra cosa?... Desde que un cristiano está enfermo...lo mismo es que sea rico que pobre...

EL MÉDICO.- ¿Y qué tiene el peón ese?...

PAISANO.- Está muy mal, dotor... Antiayer curó un animal muerto de peste y se le ha formao un grano en el brazo...

EL MÉDICO.- ¡Carbunclo!...

PAISANO.- Eso debe ser...

EL MÉDICO.- Está bien... Dígale a Bertoni que veré si puedo ir esta tarde...

PAISANO.- ¡Pero dotor!... Si es que ya está muy hinchao y si no lo operan en seguida se muere...

EL MÉDICO.- ¡Qué quiere que le haga! ¡Estoy muy ocupado!... No puedo...

PAISANO (medio aparte).- ¡Ocupado!... ¡Ocupado!... Muy bien que si fuera Bertoni el enfermo o cualquier otro gringo rico, ya andaría al trote por entre los maizales... Vea, dotor... Haga el servicio... Ese pobre muchacho se va a morir... le asiguro que le vamos a pagar lo que sea...

EL MÉDICO.- Bueno, bueno... Está bien. Espéreme por acá, que cuando acabe vamos... (Recogiendo las cartas de la mesa.) ¡Escoba! PAISANO.- ¡Ta bien!... (A Nilda.) Niña, ¿me

quiere servir otra ginebrita?... (Nilda le sirve. Uno de los colonos cantores pide barajas y el grupo arma otra partida a la escoba.)

ESCENA TERCERA

MARÍA - NILDA - CURA - COMENSAL 1° - COMENSAL 2°

María y Victoria avanzan desde la puerta del foro cargadas de paquetes. Visten trajes de domingo, de mal gusto.

MARÍA (depositando los paquetes en una mesa).- Salud a toda la reunión... ¡Uf! ¡Cómo estoy de cansada! ¿Cómo está, señor cura?... ¡Señor doctor!... ¡Señor don Pedro!... (Al saludar al fondero.) Y la señora Margarita... ¿está buena?...

NILDA (que ha saludado ya a Victoria).- Está buena, señora María... Voy a llamarla...

MARÍA.- ¿Cómo te va, hija?... No la incomodes... Mirá, traéme primero un refresquito... Tengo una sed como un diablo...

EL CURA.- ¿Y don Nicola, señora?

MARÍA.- Ahora no más viene. Está del escribano por unos asuntos... (A Victoria.) Pero sentáte, muchacha... Parece que vos no te cansa¬ras nunca... ¿O tenés ganas de irte a la puerta de la calle?...

NILDA (después de servir los refrescos).- ¡Mamá! ¡Mamá!... ¡Venga, que está la señora de don Nicola!...

COMENSAL 1°.- ¡Nilda!... ¡Nilda!... ¿Acabarás de servirme?...

NILDA.- Aquí estoy. ¿Qué más quiere?...

COMENSAL 1°.- Un pechito...

COMENSAL 2°.- Y a mí también...

NILDA (rápidamente al ventanillo).- Dos pechitos...

EL CURA (volviéndose).- De cordero.

ESCENA CUARTA

MARGARITA - MARÍA - NILDA - FONDERO - VICTORIA

MARGARITA (que aparece secándose las manos con el delantal).¬¿Cómo está, doña María?... Disculpe, que tengo las manos moja¬das...

MARÍA.- ¡Oh! ¡No es nada!... (Se abrazan y se besan efusivamente.)

MARGARITA.- Asiéntese, tome asiento... ¿La salud bien? MARÍA.- ¡Cosí, cosí!... Por ahora buena, gracias... A usted ya la veo tan gorda, ¿eh?

MARGARITA.- ¿Y qué milagro es éste?...

MARÍA.- Un milagro de veras... Yo no pensaba venir al pueblo... pero ésta me empezó con que vamos y vamos... que le dije bueno. Quería comprarse un vestido, ¿sabe?, y acabamos de hacer una punta de gastos; cómo están las cosas de caras, ¿eh?... una punta de gastos para la señorita hija... Yo no sé de veras qué hace esta muchacha con los trajes... El año pasado le compré ese que tiene... y dice que ya no le sirve... Ahora me han vendido este generito en casa Testaseca... Mírelo; ¿qué le parece?... (Desenvuelve un paquete y ambas exami¬nan prolijamente el género.) Es bueno, ma es caro como la gran siete... Y ahora se le antoja que le haga la modista el vestido... Y yo le digo que no... ¿Para qué gastar más plata, que cuesta tanto ganarla si podemos coserlo nosotras mismas?... No quedará de moda pero anda vestida y limpia... ¿Qué se piensa?... Ahí donde la ve a ésta, se le están viniendo muchos pájaros en la cabeza...

MARGARITA.- Y diga... don Nicola... ¿está también en el pueblo?...

MARÍA.- Vinimos con él en el carro grande... Tenía que arreglar el pleito con ese viejo Cantalicio... embrollón... Le metió cuestiones, ¿sabe?... para no pagar, procuradores y juez de paz y testigos y qué sé yo... Don Nicola tuvo que andar en viajes a Córdoba, al Rosario... Pero el viejo tenía los papelitos... y le ganó el asunto en el juez... Más le ha costado buenos pesitos... Mire, doña Margarita, con estos criollos del país no se puede tener negocio; son una punta de tramposos. Como no ganan la plata como nosotros... (Tumulto en la mesa que sirve Nilda. Al acercarse ésta con los platos, uno de los parroquianos se ha tomado cualquier libertad, y Nilda, dejando caer un plato, la arremete con él a moquetes.)

NILDA (pegándole).- ¡Sinvergüenza!... ¡Sinvergüenza!... ¡Atrevido!... (Risas, algarabía.)

EL FONDERO (interrumpiendo el juego, sin moverse).- ¡Pero decíme una cosa, Bachicha!... ¿Cuándo vas a dejar de embromar la paciencia?... ¿Andás buscando que un día te sosiegue yo?... ¿Qué te has pensado, eh?...

MARGARITA.- ¡Eso digo, eso digo yo! A ver si se acaba la historia ¿eh? todos los días tiene que hacer con la muchacha... ¡Sinvergüenza!... ¿Se ha creído que mi hija es un trapo? ¡Caramba! ¡Caramba!... Si va a seguir así se cambia de fonda...

MARÍA.- Déjelo estar, doña Margarita. Déjelo estar... Estos atrevidos no valen la pena de un bochinche... Se figuran, ¿sabe?, que todas las mujeres son iguales... La vez pasada... con ésta (Por Victoria.) también me sucedió una cosa. El compadrito del hijo de don Cantalicio se estaba propasando mucho, caramba... por eso lo echaron... Pero la muchacha...

NILDA (que vuelve del ventanillo).- ¡Mamá!... La llaman de la coci¬na...

MARIA.- Haga su comodidad... Haga no más... Vea, y con su permiso yo también voy un poco adentro a aflojarme este vestido que me incomoda...

MARGARITA.- Pase... pase...

MARIA (a Victoria.).- ¡Che!... veníte vos también!

VICTORIA.- No; yo me quedo... ¿Qué voy a hacer adentro?...

MARIA.- ¡No, no, no!... Camináte no más para adentro... (Victoria vase de mala gana, volviendo los ojos hacia la puerta y detenién¬dose lo suficiente por ver a Próspero.)

ESCENA QUINTA

PRÓSPERO - CURA – VICTORIA

PRÓSPERO (en traje pueblero aparece nervioso y alegre, saludando a todos los parroquianos "a piacere " y se acerca por último a la mesa del cura).- ¡Salud, señores!... ¡Buenos días!... ¿Qué tal esa escoba? ¿Quién pierde?...

EL CURA.- Hola, Próspero. Conque te vas, ¿eh?

PRÓSPERO.- Sí, señor. Ahora mismo. En el tren del Rosario. ¡A hacer patria a otro lado!...

EL CURA.- No vas mal encaminado, muchacho... No vas mal encami¬nado... ¡La cuestión es tener juicio ahora!... Da usted, doctor... Ese mister Daples es una buena persona, y si te toma cariño vas a ir muy lejos con él...

PRÓSPERO.- Efectivamente. El hombre me tiene fe... Pero por algo ha de ser... Si yo no sirviera para nada, no me protegería... ¿Tata no ha venido? Quedamos de vernos aquí... ¡Pobre viejo!... No le hace un chiquito de gracia que me vaya... Dice que soy un renegao, que me he vendido a los gringos, que le abandono ahora que está pobre...

EL CURA.- Preocupaciones de criollo viejo no más...

PRÓSPERO.- ¡Es natural!... (Viendo que Victoria se asoma tímidamente a la puerta.) ¡Cómo está usted, señorita Victoria!... (La obliga con el gesto a avanzar.) ¿Su mamá está buena?

VICTORIA (en voz baja).- ¿Se va, entonces?

PRÓSPERO.- No hay más remedio... Le juro que he hecho todo lo posible por quedarme...

VICTORIA.- ¡No lo ha hecho, no!... Si me quisiera de veras...

PRÓSPERO.- Eso es lo que usted no sabe... porque la quiero, y mucho, es que me voy... a trabajar... a hacerme gente... a ganar dinero para merecerla...

VICTORIA.- Si yo no preciso eso...

PRÓSPERO.- Pero su padre sí. ¿Piensa que me he olvidado de aquellos insultos?...

VICTORIA.- ¿Por qué no trabaja aquí? (Mimosa.) Ahora usted se va no se vuelve a acordar de mí... Cuando vea otras muchachas en el Rosario más lindas y más educadas que esta pobre gringa, me deja no más... me deja...

PRÓSPERO (transportado).- ¡No, prenda, no! Si vos sos mi vida, lo único que he querido en este mundo!...

VICTORIA (compungida).- Es que me voy a quedar muy triste... solita... Sin verlo...

PRÓSPERO (afectado también).- Te queda el consuelo de saber que nunca te olvidaré...

ESCENA SEXTA

DICHOS - MARÍA

MARÍA (asomándose).- ¡Oh! ¡Victorina!... (Próspero se aleja rápida¬mente. Victoria se queda como extática, con la cabeza baja.) ¡Victorina!... ¿Qué cosa estabas hablando con ese sinvergüenza? Contestá, pues... Andás con ganas de una paliza, vos, ¿eh? Y yo te la voy a dar ahora no más!... Camináte adentro ya... ligerito... (Victoria a medida que le habla su madre, contrae el gesto y acaba por estallar en sollozos. Se produce en ese momento una gran pelotera entre los gringos colonos. María empuja a Victoria hacia afuera.)

ESCENA SÉPTIMA

PRÓSPERO - PARROQUIANO 2° - VOCES

PRÓSPERO (que mira la escena con emoción; reaccionando).- ¿Eh?... Ya debe estar por llegar el tren. (Al parroquiano 2°.) ¿Nos vamos, che?...

PARROQUIANO 2°.- ¡Sí, ya es hora!...

PRÓSPERO.- Caramba, sentiría no despedirme del viejo... Bueno... ¡Conque... señores, hasta la vuelta! (Da un apretón de manos al cura y a sus compañeros, que lo despiden con gran afectuosidad.) ¡Salud, señores, a todos en general!...

VOCES.- (de distintas mesas).- ¡Chao!... ¡Buen viaje!... ¡Felicidad!... ¡Pronto regreso!... (Próspero retribuye alegremente las demostra¬ciones. Al llegar a la puerta se encuentra con Cantalicio.)

ESCENA OCTAVA

PRÓSPERO - CANTALICIO

PRÓSPERO.- Viejo... Ya me iba sin despedirme...

CANTALICIO.- No lo jurés, porque te lo creo... ¿Pa qué te ibas a ocupar del pobre paisano? ¡Si al menos yo fuese gringo!...

PRÓSPERO.- ¡Bah!... ¡Bah!... ¡Bah!... ¡Déjese de esas macanas, viejo! ¡Le ha dao fuerte con los gringos!...

CANTALICIO.- ¡No he de tener razón cuando menos, canejo!...

PRÓSPERO (palmeándolo).- Ya veremos, ya veremos quién la tenía más... (Pausa.) Bien; ya es muy tarde. A ver, tata, un abrazo...

CANTALICIO.- ¿Pero es que te vas de veras?...

PRÓSPERO.- ¿Lo creyó broma?

CANTALICIO.- ¿Y me dejás solo aura que no queda ni la casa? ...

PRÓSPERO.- ¡Qué más remedio! Venga ese abrazo... Hasta la vuelta...

CANTALICIO.- ¡No, no te abrazo!... Andáte no más... andáte... andáte...

PRÓSPERO.- Como guste usted... (Próspero se va. Cantalicio lo sigue con la mirada.)

ESCENA NOVENA

CANTALICIO - PAISANO - NILDA - CURA

CANTALICIO.- ¡Pobre muchacho! ¡Malo no es!... Pero se me ha dao güelta... se me ha dao güelta. (Al paisano.) ¿No le parece, compa¬dre?

PAISANO.- ¡Así será no más, pues!...

CANTALICIO (reaccionando).- ¿No ha dao con el dotor entoavía?...

PAISANO.- Estoy aguardándolo... Dice que está ocupao...

CANTALICIO.- Ya lo veo... trensao a la escoba... Si será desalmao...Venga compadre... vamos a tomar una copa... (Se aproxima a las mesas donde han estado los gringos.) ¡A ver quién sirve aquí!...(Nilda se aproxima.) ¿Qué toma usted?...

PAISANO.- Yo lo mismo.

NILDA.- Ginebra con bitter...

CANTALICIO.- A mí también; bien cargado. ¡Ando con ganas de chupar juerte!... ¡De todas maneras!... ¡Pa lo que sirvo ya... tranca más o tranca menos!...

PAISANO.- Eso no diga... ¿Pa quién si no pa los hombres se han hecho las disgracias?...

CANTALICIO.- ¡Qué caray!... Y la bebida también se ha hecho pa los varones... ¿Serán los últimos copetines que chupe en este pueblo dísgraciao...?

PAISANO.- Entonces ha determinao no más dirse...

CANTALICIO.- ¿Y qué quiere que me quede a hacer? ... No he nacido pa tordo, amigo... pa andar viviendo en nido ajeno... Me acaban de quitar el mío... Y ya lo ve, con el nido los pichones... ¡Ese mucha¬cho, lo único que me quedaba en el mundo de familia, se me manda mudar como un ingrato!... (Nilda sirve. Cantalicio se bebe de un sorbo la ginebra.)

PAISANO.- Ya volverá. ¡Quién sabe si no le va bien!... ¡Es travieso el mocito!...

CANTALICIO.- Cualquier día lo veo más... Aura va pá la ciudad, se agringa del todo, y si te he visto no me acuerdo. Y si le va bien, es hasta capaz de avergonzarse del criollo viejo que le dio el ser...

PAISANO.- ¡Pucha, que los quiere bien usté a los gringos!... ¡Se parece a mí en eso!...

CANTALICIO.- ¡De balde nomás!... Mire, compadre... Toda esa pampa de aquel lao del pueblo, hasta cerca del Chañarito, ha sido nuestra, de los González, de los viejos González. ¡Cordobeses del tiempo e la indipendencia, amigo!... Y un día un pedazo, otro día otro, se lo han ido agarrando esos naciones pa meter el arao... Una pena amigazo; romper esos campos en que venía así la gramilla... que era un gusto... (Bebe el nuevo vaso que Nilda le sirve, también de un sorbo.)

PAISANO.- No tome eso tan ligero, compadre... ¡Mire que es muy engañosa!...

CANTALICIO.- No le hace... Pues, sí, señor... Y el último pedazo de lo que nos iba quedando, quedando, me lo acaban de arrancar estos ladrones... ¡Ahora mesmito!... Vergüenza nos había de dar a todos los criollos... (Golpea fuertemente la mesa.)

EL CURA.- ¡No se altere don Cantalicio!... ¡Un poco de orden, pues!

CANTALICIO.- ¡Oh!... Hasta eso me quieren privar también... ¡Sabe que está bonito!... ¿Es decir, que porque soy hijo del país tengo menos derecho que todos ustedes, que se pasan aquí el día gritando y cantando como si fuese fonda e vasco? Puedo golpiar lo que se me antoje, porque pa eso soy criollo, ¿me oyen?...

EL CURA.- Era una broma, don Cantalicio... Por ver lo que decía...

CANTALICIO.-Está güeno. Si es así, no he dicho nada. (Irguiéndose de nuevo.) Pero sepan todos...

PAISANO.- ¡Siéntese compadre!... No valen la pena...

CANTALICIO.- Está güeno. (Sentándose.) ¡Hum!...

PAISANO.- Entonces, decía...

CANTALICIO.- ¡Sirva otra ginebra... cargadita!...

PAISANO.- ¡No tome más!... Le hará mal.

CANTALICIO.- Déjeme.

PAISANO (distrayéndolo).- ¿Entonces, negoció nomás el campito?...

CANTALICIO.- Me lo quitaron; ¿no le he dicho?... Yo le metí pleito al gringo... Y tenía derecho... Pero estos diablos, con la plata, pronto se arreglan con los jueces y fiscales y esa

runfla de escribanos... El asunto seguía, pero sin miras de acabar, y entonces transamos. He firmado ya... y estoy esperando al gringo viejo que me debe entregar la... fortuna que me queda...

PAISANO.- ¿Y qué piensa hacer?...

CANTALICIO.- ¿YO? ¡Irme a Córdoba... bien lejos! ¡Ande no vea naciones!... ¡A levantar un rancho en el mesmo corazón de la sierra aunque no haiga más que zorros!... ¡Al menos ésos serán criollos puros!... (Pausa.) ¿Me sirven o no me sirven?...

EL CURA.- Escuche, don Cantalicio. ¿Conoce usted el undécimo mandamiento?...

CANTALICIO.- No conozco más que diez, salvo que usted haya inventado algún otro pa cobrar más caros los funerales...

EL CURA.- El undécimo, no embriagarse.

CANTALICIO.- Si usted no fuera cura, ya me oiría... Y perdone...(Después de vaciar la tercera copa.) (Dentro: ¡Porta vino barbera!...) Diga, padre, mamarse con vino barbera, ¿no es pecado?...

EL CURA.- También, también...

CANTALICIO.- Entonces, apunte pa el lao de los gringos...

ESCENA DÉCIMA

DON NICOLA - CANTALICIO - VOCES - PAISANO - CURA

DON NICOLA.- ¡Buen giorno!...

CANTALICIO.- Ahí está el gringo... No me deje solo, compadre... que no me vaya a trampiar...

VOCES (de la mesa de los colonos).- ¡Evviva Nicola!... ¡Evviva Nicola!... (Uno de ellos le ofrece un vaso de vino.)

DON NICOLA.- Disculpáme... Tengo un asunto que arreglar... En seguida vengo... ¿Cómo está, señor cura?... ¿Me dispensa, don Cantalicio, si he demorado?... Tenía que ir a casa de Testaseca, ¿sabe?, a sacar la plata, y como estaban ocupados los patrones me tuvieron esperando...

CANTALICIO.- Está dispensao... Y vaya largando sin muchos partes porque estoy de prisa...

DON NICOLA.- ¡Bueno! ¡Bueno! La cosa es bien fácil... Todo lo que teníamos de hablar, ya está conversado... (Saca papeles y dinero del cinto.) Vamos a ver... Tengo de darle... de darle... espérese; mil de una parte, y trescientos cuarenta de la otra... mil trescientos cuaren¬ta...

CANTALICIO.- Me parece que está errao...

DON NICOLA.- ¡Cosa!... ¡Cosa!...

CANTALICIO (alterado).- ¡Sí señor, está equivocao!... Son mil tres¬ cientos cuarenta y ocho pesos...

DON NICOLA.- Dispense... Tenía razón... Lo que es justo es justo...Este número estaba mal hecho y cualquiera se equivoca... Yo tampoco ando muy bien de escritura...

CANTALICIO (aparte).- Pero no te perdés en los números...

DON NICOLA.-Muy bien... (Cuenta prolijamente el dinero.) ¡Aquí van mil pesos justitos!... Haga el favor de contarlos...

PAISANO (contando).- Seiscientos, ochocientos y mil... ahí tiene.

DON NICOLA.- Bueno, bueno. Y ahora por el resto le voy a dar este pagarecito...

CANTALICIO.- ¿Qué es eso?... Usted no me va a dar pagareses... Yo no quiero papeles... El trato es trato... ¡Usted me tiene que entregar platita!

DON NICOLA.- Pero escuche, don Cantalicio... Sucede que yo tengo mi plata en casa Testaseca, y Testaseca no tenía hoy moneda dispo¬nible...

CANTALICIO.- ¡Habíamos de salir con esas!... Vea, o me paga todo en dinero, o se queda usted con todo... ¡Qué embromar también!...

DON NICOLA.- Pero escuche, don Cantalicio... Si mi firma es como un Banco... Usted lleva ese papelito a cualquiera parte y se lo pagan.

CANTALICIO.- ¿Un Banco?... ¡Quién sabe qué trampa me quieren hacer!... No señor... El trato es trato... Venga la plata...

DON NICOLA.- Dispense, pero tramposo no soy, y no me lo diga, porque no me gustan esas cosas...

CANTALICIO.- ¡La platita! ¡La platita!...

DON NICOLA.- ¡Bueno!... ¡Bueno!... ¡Qué caramba!... Ahí tiene la platita, y si no le gusta así... haga lo que se le antoje... No digo más nada. (Hace ademán de retirarse.)

CANTALICIO.- ¡Che!... ¿Ande vas, gringo del diablo? ... (Tironeándolo.) Sujetá el pingo... ¡Aflojó los pesos!...

DON NICOLA.- Mire, don Cantalicio... No me busque cuestiones, que no me meto con nadie... Usted está medio tomado y...

CANTALICIO.- ¡Tu madre!... (Quiere echarse sobre don Nicola y lo detiene el paisano. Los parroquianos, que han estado a la expecta¬tiva, acuden, con excepción de los colonos, que se limitan a pararse en los asientos.) Lárguenme, que lo mato a ese... (Don Nicola, muy calmoso, se recuesta sobre una mesa de frente al público, carga su pipa y fuma.)

EL CURA.- Vamos, don Cantalicio... Cálmese... No haga locuras... ¡No tiene razón!...

CANTALICIO.- ¡Madre mía!... ¡Que no tengo razón!... ¿Pero no han visto a ése, que tras de querer embrollarme me insulta? ¿No lo han visto?...

DON NICOLA.- Yo no embromo a nadie... Soy una persona honrada y trabajadora...

CANTALICIO.- Sos honrao porque todos te protegen... todos... todos... todos... hasta el cura, que te da la razón... Yo soy un pillo... No tengo plata, ni chacra y he nacido en este país... Sos muy honrao, y sin embargo, me querías estafar los poquitos riales que me dejastes...

EL CURA.- Cantalicio... Eso no es cierto... Tranquilícese. Repose un poco y venga conmigo. Yo le voy a descontar el vale. (Obligándole a sentarse.)

CANTALICIO.- No señor. Me lo ha de pagar él... Me lo ha de pagar y me lo ha de pagar... Y sálganse todos de aquí... Déjenme... Vayan a cuidarlo a él... que le hace más falta... ¡Déjenme, déjenme!... ¡Solito!... Yo no preciso de nadie... Ya no tengo amigos, ni casa, ni hijos... ni patria... Soy un apestan... Nadie me quiere... ¡Salgan!... ¡Yo me voy a morir!... Estoy muy triste... Salgan... Sin casa... Sin hijos... Sin amigos... Soy un pobre criollo... un pobre criollo... (Oculta la cara con las manos, llorando convulsivamente. El cura, con el gesto, pide compasión para él, y allá, en el fondo, los colonos cantan de nuevo el aire nativo mientras desciende lentamente el telón.)

TELÓN

ACTO TERCERO

LA CHACRA DE CANTALICIO

En la nueva granja de don Nicola. Dos años después. Ocupando toda la mitad de derecha de la escena un edificio en construcción, con las paredes que se levantan apenas medio metro del suelo, lo suficien¬te para sostener los marcos que deben estar ya colocados. Varios albañiles trabajan colocando ladrillos. Cayendo hacia el centro mis¬mo un viejo ombú a medio desgastar, que extiende su rama más gruesa hacia el lado de la obra. En el suelo las ramas recientemente cortadas. Perspectiva alegre, verde, de alfalfar. Pleno sol.

ESCENA PRIMERA

PEONES 1° y 2° - UN ALBAÑIL

PEON l°.- ¡Y diai! ¡Qué más remedio!... Ahora viene lo gordo, hermano... Estos árboles se debían hacer saltar a barreno.

PEON 2°.- ¿Le metemos a ésta no más? (Señalando la rama gruesa.)

PEON 1°.- ¡Y diai!... ¡Qué más remedio!... PEON 2°.- Animal viejo, ¿ahí ser no?... Fijáte qué raíces... PEON l°.- Pa mí que ha nacido en el tiempo de los españoles...

PEON 2°.- ¿Qué?... ¡Mucho antes!... ¡Pero mucho!... Debe ser del tiempo e los ingleses...

PEON l°.- ¡Siás bárbaro!... Si los ingleses no han venido nunca a este país... Recién están llegando...

PEON 2°.- ¿Qué sabés vos?... Mirá: a la República Argentina vinieron: primero los indios... los matacos; dispués los ingleses, dispués los gallegos y dispués... el general San Martín, Belgrano y todos esos otros...

ALBAÑIL (burlón).- ¡Pucha!.. ¡Si me parece estar en la escuela!... Diga, maestro...

PEON 2°.- Has de ser muy inteligente vos... Como ese ladrillo que estás golpiando...

ALBAÑIL.- Si vos me hubieses enseñado, pué que sí no más...

PEON 2°.- ¡Andá!... ¡Andá!... ¡Trabajá!... ¡Zonzo!... ¡Que si te ve tu patrón!...

ALBAÑIL.- Más fácil es que te agarre el tuyo haciendo sebo... Y mirá, ni que hubiese adivinao... Ahí llega en el breque…

PEON 2°.- ¡Cierto!... ¡Metéle, che! ... (Buscan acomodo para aserrar mejor.)

PEON 1°.- De veras que da pena cortarlo.

PEON 2°.- ¿Por el ombú... o por el trabajo?...

PEON 1°.- ¿Eh?... ¡Por las dos cosas! ... Vamos. (Comienzan a aserrar.Pausa. Debe oírse un instante el ruido de la sierra y los golpes de cuchara de los albañiles.)

ESCENA SEGUNDA

DON NICOLA - HORACIO - VICTORIA - UN ALBAÑIL - PEÓN 2°

Don Nicola. Victoria y Horacio con indumentarias livianas de verano. Notable progreso en el vestir54 de los dos primeros, especial¬mente Victoria. Horacio, elegante y desenvuelto.

HORACIO.- Le digo, viejo, que está equivocado... Cuanto más en la altura se coloque el depósito surtidor, menor tiene que ser su elevación...

DON NICOLA.- ¿Ma por qué hay que hacerlo más alto? ... Eso es lo que yo no te comprendo.

HORACIO.- La teoría física de los vasos comunicantes...

DON NICOLA.- Qué comunicante... Dejáte de zonceras, que yo no soy ningún sabio... Decí las cosas claras...

HORACIO (riendo).- ¡Bueno, bueno, bueno, viejo!... Confieso la plan¬cha... Y no discutamos más. Ahora verá cómo el constructor me da la razón... Veamos cómo anda la obra... ¿Vos no habías venido nunca, Victoria?...

VICTORIA.- ¡No, nunca!...

HORACIO.- ¡Sos poco curiosa!... Mirá; de esta parte, en la esquina misma, y bien arriba, va a quedar un pabelloncito lindísimo... Te lo ofrezco...

VICTORIA.- Para mí es lo mismo. Yo estoy bien en cualquier sitio... y no entiendo mucho de comodidades...

HORACIO.- ¿De modo que nada te llama la atención?... ¿Desencantada de la vida?... ¿A esta edad?...

VICTORIA.- ¡Yo... no sé!...

HORACIO.- ¡Pobrecita!... ¿Y no has pensado en el suicidio?... Esperáte...¡Con fósforos es más romántico!...

VICTORIA (con fastidio).- ¡Oh!... Salí...

HORACIO (riendo).- Me olvidaba... ¡Ahora son sin veneno!... ¿Y el viejo...A dónde se ha ido este porfiado?... ¡Tata!...

DON NICOLA (reapareciendo).- Te digo que yo tengo razón... He visto el terreno con estos ojos...

HORACIO.- Bueno... Ya lo dirá el constructor... Vamos a verlo...

DON NICOLA.- Vos tendrás mucho estudio... Pero yo tengo la prácti¬ca...

HORACIO (a un albañil).- ¿El constructor?...

ALBAÑIL.- Se fue a la cremería en el automóvil, pero ahora no más vuelve...

HORACIO.- Entre tanto podríamos ir a ver el surgente... ¿Le parece viejo?...

DON NICOLA.-Sí, pero espera un poco... (A los peones.) ¿Y desde ayer que trabajan no han podido voltear más que esos gajitos?... Parece que andan haraganeando mucho, ¿eh?

PEÓN 2°.- Si es muy fuerte este árbol... ¿Se cree que así no más se voltea un ombú?...

DON NICOLA.- ¡Hacha!... Hacha y buenos brazos se precisa... y verán cómo cae pronto...

PEON 2°.- Es que no dentra el hacha, pues. ¡Rebota como si fuese goma!...

DON NICOLA.- ¡Caramba!... ¿Y para qué tienen ese serrucho en las manos?... Bueno, bueno, ¿eh? A ver si acaban pronto... Vamos... HORACIO.- ¿Cómo no?... Vamos, Victoria...

VICTORIA.- No...es muy lejos... No tengo ganas de caminar tanto... HORACIO.- ¿Y qué vas a hacer?...

VICTORIA.- Nada... Volverme al coche...

HORACIO.- Facha il suo comodo, señorita romántica... (Viendo que Victoria se vuelve fastidiada.) ¡Ah, no!... Enojos no permito, hiji¬ta... (La besa.) Hasta luego. (Mutis de don Nicola y Horacio por la derecha. Victoria se aleja lentamente por el lado opuesto.)

ESCENA TERCERA

PEONES 1° y 2°. UN ALBAÑIL

PEON 1°.- Adiós, niña... ¿Ya no se acuerda de los viejos amigos?...

PEON 2°.- Quién la ve, ¿no? ...Y las veces que hemos arao en la misma melga...

PEON 1°.- ¡Ahora es señorita, che!... ¡Ja... ja!...

PEON 2°.-Me gustaría que volviera Próspero, el hijo de don Cantalicio...pa ver si lo trataba con tanto disprecio.

ALBAÑIL.- Murmuren no más... Murmuren... Eso ha de ser en pago del café que les ha dao el viejo don Nicola... PEON 2°.- ¡Calláte, ladiao!...51

.

ESCENA CUARTA

CANTALICIO - PEÓN 2° - VICTORIA - DON NICOLA - HORACIO

CANTALICIO.- ¿Quién habla de don Cantalicio por acá?...

PEON 2° (regocijado).- Salú, don Cantalicio... ¡Anima bendita!... ¡Ya lo creíamos muerto!...

CANTALICIO.- Ya ve que no, amigo... ¡Cosa mala!... Che, ¿andan los gringos cerca?...

PEON 2°.-Están en el bajo... ¿Y qué vientos lo traen por estos pagos?... ¿Ande anduvo?

CANTALICIO.- Lejos... Por la provincia de Córdoba...

PEON 2°.- ¿Haciendo?...

CANTALICIO.- De todo. Qué más remedio. ¡Precisé llegar a viejo pa tener que deslomarme trabajando! Y gracias que entoavía servía pa algo... ¿A que no sabés en qué me ocupo? PEON 2°.- No, señor.

CANTALICIO.- En venderles animales a los gringos... Fijáte que suer¬te... Yo que en mis tiempos sabía tropiar ganaos ariscos de la sierra pa mí... pa mi campo, pa este mesmo campo... me veo ahora condenado a acarrear los güeyes a los colonos...

PEON 2°.- Lo que son las cosas, hombre...

CANTALICIO.- Ayer no más le traje a un chacarero del Chañarito unos sesenta animales. Después, como quedaba tan cerca del pago viejo, me dije a mí mismo: Che, andáte a mirar cómo marcha aquello... Yo no quería pasar por este camino pa no acordarme, ¿sabés? Pero la querencia me empezó a cuartear pa este lao, y cuando quise acordar... estaba aquí...

PEON 2°.- ¡Mire, mire!...

CANTALICIO.- De lejos ya vide todas las judiadas que me habían hecho los gringos con esto... (Mirando en rededor.) Vean... vean... de la casa, ni qué hablar... Parece que le van a edificar encima un pueblo entero... ¡Ni el horno... ni la noria... ni el palenque!... ¡Cosa bárbara! ¡Desalmaos!... ¿Y aquello? Eso sí que no les perdonaré nunca... ¡talarme los duraznitos!... Los había plantao Elisa, la finadita mi hija... y todos los años ¡daba unas pavías así!... ¡Dañi¬nos!... Lo único, lo único... de lo mío que entoavía puedo ver es ese ombú... Pero che... ¿y por qué lo están podando así?...

PEON 2°.- ¿Podar?... Al suelo va ir también... ¡Eso estamos haciendo... voltearlo!...

CANTALICIO.-Eso sí que no... ¿El ombú?... En la perra vida... Todo lo han podido echar abajo, porque eran dueños... Pero el ombú no es de ellos. Es del campo... ¡Canejo!...

PEON 2°.- Yo creo lo mismo. Pero los patrones dicen que el pobre árbol viejo les va a dañar la casa... (Aparece Victoria y se detiene a escuchar.)

CANTALICIO.-¿Y por qué no edifican más allá?... ¡Bonita razón!... Los ombúes son como los arroyos o como los cerros... Nunca he visto que se tape un río pa ponerle una casa encima... ni que se voltee una montaña pa hacer un potrero... ¡Asesinos!... ¡No tienen alma!... Si tuvieran algo adentro les dolería destruir un árbol tan lindo, tan bueno, tan mansito... ¡Cómo se conoce, ¡canejo!, que no lo han visto criar ni lo tienen en la tierra de ellos!...

PEON 2°.- Vaya usted a hacerles entender esas razones...

CANTALICIO.- ¿Y qué van a comprender ellos... si ustedes mismos, ¡parece mentira, criollos como son!, se prestan a la herejía?...

PEON 2°.- ¡Oh! ...Y si nos mandan...

CANTALICIO.- No se hace... Salgan de ahí... desgraciaos. ¡Todos se han vendido... todos se están volviendo gringos... todos! ¡Pa qué habré venido, canejo! ¡A ver tanta pena!... (Al volverse se encuentra con Victoria y bruscamente.) Buen día... ¿Venís a mirar las lindas cosas que están haciendo, no?... (Intenta irse.)

VICTORIA.- No se vaya, don Cantalicio... Escúcheme... Tengo que decirle algo... Venga. (Lo aparta y se queda un momento indecisa.)

CANTALICIO.- ¡Hablá de una vez, pues!

VICTORIA.- Este... ¿Usted sabe algo de Próspero?...

CANTALICIO.- No sé, ni necesito saber... ¡Pa eso no más me llamabas?...

VICTORIA.- Es que... Próspero está ansioso por tener noticias de usted...

CANTALICIO.- ¿Y vos cómo sabés eso?...

CANTALICIO.- No ha de ser cierto... No se acuerda más ya... VICTORIA.- Sí que se acuerda... CANTALICIO.- ¡No, no, no!... ¡Mentira!... (Intenta irse.)

VICTORIA (deteniéndolo).- Si me lo ha dicho a mí muchas veces... CANTALICIO.- ¿Dónde?

VICTORIA.- En el Rosario... En esta temporada que pasamos allí hace dos meses... Nos veíamos muy seguido... y me hablaba del viejo, que lo quería mucho... que deseaba verlo... y... vea, ayer me escribió y en la carta me preguntaba dos o tres veces por usted...

CANTALICIO.- ¿Cómo es eso?... ¿Cartitas?...

VICTORIA (pegándose en la boca).- ¡Qué zonza!... ¡Se me escapó!...

CANTALICIO (muy suavizado).- Conque ésas teníamos, señorita…¿eh? VICTORIA.- ¡Sí, pero... nadie lo sabe todavía!... CANTALICIO.- ¿Y qué es de la vida de ese bandido?... VICTORIA.- Está muy bien... acreditadísimo con mister Daples... ¡Ay! Creo que llega tata...

CANTALICIO.-YO me mando mudar... (Al volverse se encuentra frente afrente con don Nicola.)

DON NICOLA (un poco sorprendido).- Cosa... Cosa... ¡Ah!... ¿Es usted, don Cantalicio?... ¿Cómo dice que le va? ... ¿Qué anda haciendo por estos pagos?... Ha venido a ver su antigua casa, ¿eh? Está un poco cambiada, ¿no? Pero todavía va a quedar mejor... (Cantalicio, que se ha quedado mudo, hace jugar el rebenque entre sus manos.) Ahora

cuando edifique este otro ranchito de dos pisos... y venga el jardín y la quinta de frutales... y la lechería allá abajo... (Sacude la ceniza de la pipa y vuelve a colgársela de los dientes.) Va a quedar mejor... bastante mejor... Pero ya se va notando el cambio... ¡Ah, y mire qué pichón de alfalfar!... Y todo lo está haciendo mi hijo el mayor, que ha estudiado en Buenos Aires de ingeniero... ¿Dónde anda Horacio?... ¡Che, Horacio!...

HORACIO.- ¿Qué hay, viejo?... (Saludando cortésmente a Cantalicio.) ¡Buen día., señor!...

DON NICOLA.- Aquí te presento a don Cantalicio, el que era dueño de este terrenito... Mi hijo Horacio...

HORACIO.- Muchísimo gusto, señor... (Dándole la mano.)

CANTALICIO (muy seco).- Igualmente.

HORACIO.- Yo debo haberlo conocido cuando era muchacho; pero, francamente, ahora no recuerdo.

CANTALICIO.- Así ha de ser...

HORACIO.- Acercáte, Victoria... A ella la conocería, ¿verdad?... ¿Se conocían ustedes?

CANTALICIO.- La he saludao ya...

VICTORIA.- Somos viejos amigos.

HORACIO.- ¡Pero qué cabeza la mía!... Si mal no recuerdo usted tiene un hijo en el Rosario...

CANTALICIO.- Sí, señor: Próspero.

HORACIO.- ¡Lo conozco!... ¡Lindo muchacho!... Nos hicimos amigos últimamente, cuando fui a contratar la trilla con míster Daples.

VICTORIA.- Dale noticias de él, porque creo que el señor hace tiempo que no lo ve...

HORACIO.- Está muy bien. El es el hombre de confianza de Daples... Tiene trilladoras a su cargo... Precisamente le propuse que viniese a hacer nuestro trabajo.

CANTALICIO.- ¿Cree que vendrá?

HORACIO.- No sé... Pensaba salir con una máquina rumbo a Arias... No sería difícil... (Pausa.) Usted hace mucho que no cae por estos pagos. Le habrá extrañado esta transformación...

CANTALICIO.- ¡Ya he visto, señor, ya he visto!...

HORACIO.- Con un poquito de pena, ¿no es cierto? ...

CANTALICIO.- ¿Por qué? Ustedes eran muy dueños...

HORACIO.- Acompáñenos un rato... Le enseñaré algunas cosas...

CANTALICIO.- No puedo... Tengo que dir lejos...

VICTORIA.- ¡Qué se ha de ir con este sol!... Lo invitamos a almorzar en casa...

HORACIO.- ¡Excelente idea!... (Muy familiarmente.) Venga, amigo viejo... Verá qué lindo le vamos dejando su campito... Vamos, vamos pues... y no tenga pena... que esto es para bien de todos...

CANTALICIO.- Vea, mocito, que no hemos dormido juntos pa que se tome tanta confianza... Ya le he dicho que tengo que dirme...

HORACIO.- Bueno, señor... Disculpe... Usted es muy dueño... Pero le aseguro que no he tenido el ánimo de ofenderlo...

CANTALICIO.- Güeno... Adiosito... (Se va corriendo.)

ESCENA QUINTA

HORACIO - VICTORIA - PEONES 1° Y 2°

HORACIO (que lo ha seguido con la mirada).- ¡Rico tipo! ... ¿Lo has visto?...

VICTORIA.- ¡Pobre hombre!

HORACIO.- No le hemos tratado mal, sin embargo...

PEON 2°.- ¡Va como luz derecho al caballo!...

VICTORIA.- ¿Te parece poca mortificación la de ver desaparecer tanta cosa querida?...

HORACIO.- Estoy seguro de que el hijo no piensa de igual manera... (Viendo que los peones han dejado de aserrar.) ¡Oh!... ¿Y ustedes por qué no siguen trabajando?...

PEON 2°.- ¡Este!... Nos pareció oír que decían que... se iba a dejar así no más el ombú...

HORACIO.- ¿Quién ha dado semejante orden?...

PEON 1°.- Nosotros no sabemos... pero... creíamos no más...

HORACIO.- Las pocas ganas que tienen de trabajar les hace ver visiones... ¡Adelante! ¡Adelante!

VICTORIA.- ¡Oíme, Horacio!... Vos decías hace un rato que me halla¬bas triste... ¿Querés que te diga la causa?...

HORACIO.- ¡A ver! ¡A ver!... Confidencia tenemos. ¿Quién es el favorecido?... ¿El novio?...

VICTORIA.- No tengo ningún novio...

HORACIO.- Es una lástima, m'hijita...

VICTORIA.- Estaba así... afectada... por el ombú...

HORACIO (risueño).- ¿Cómo?... ¿Cómo?...

VICTORIA.- Me dio pena ver que le echaban abajo... ¡Un árbol tan viejo!...

HORACIO.- ¡No oigo!... ¡Caso perdido de romanticismo!.. VICTORIA (fastidiada).- ¡Oh!...

PEON 2°.- Ahí debe venir el automóvil del constructor. Veo una polvareda bárbara en el alto grande...

HORACIO.- Afligida porque se destruye una cosa inútil... ¿Viene, che?...

VICTORIA.- Inútil... no.

HORACIO.- Y fea y perniciosa... Te imaginás un parque a la inglesa, frente a un chalet, con semejante adefesio en medio... Además obstruye la vista del edificio... y es sucio, hijita, muy sucio; lo inunda todo con esas flores que parecen gusanos... Se podría conservar por respeto a la tradición y quizás prestara algún servi¬cio... si estuviese en mitad del campo... ¡Pero aquí no, de ninguna manera!...

VICTORIA.- Tendrás razón... Sin embargo, es un capricho mío... y me darías un inmenso gusto si lo hicieras dejar...

HORACIO (viendo a don Nicola).- ¿A qué no sabe tata, lo que me pide Victoria?... ¡Que dejemos el ombú!...

ESCENA SEXTA

LOS MISMOS - DON NICOLA

DON NICOLA.- Esa porquería... Un árbol criollo que no sirve ni pa leña... que no sirve más que pa que le hagan versitos de Juan Moreira... Ya debería estar en el suelo...

HORACIO (a Victoria).- ¿Has visto?

VICTORIA.- ¡Malo!... ¡Me la vas a pagar!...

PEÓN 2°.- Y... ¿se corta o no se corta?...

DON NICOLA.- ¡Métanle serrucho y déjense de zoncerías!... ¡Caram¬ba!... ¿Y don Cantalicio... se ha ido ya?... Parece que está más mansito ahora... Tenía un poco de mal genio antes... Era medio peleador... (Se oyen los ruidos de un automóvil que detiene su marcha.)

HORACIO.- No crea, viejo. Se fue empacao...

DON NICOLA.- Es una lástima... El hijo no era malo. Mas se metió a enamorársela a ésta... y tuve que echarlo de casa...

HORACIO (jovial).- ¡Ah!... ¡Ah!... ¡Ya comprendo!... Conque el ombú, ¿no?... ¡Te ajustaré la cuentas!

PEÓN 2°.- Aistá la máquina...

PEÓN l°.- ¿Qué trae, che? ¿Qué pasa?

HORACIO.- Ahora veremos quién tenía razón, viejo. ¿Cuánto jugarías vos, Victoria, a mis manos?

VICTORIA.- ¡Yo qué entiendo de eso!...

DON NICOLA.- Jugále la herencia a las mías y vas a ver cómo la práctica le gana... ¿Se han creído que porque han estado en la Universidad, van a saber más que un viejo que se pasó la vida sobre la tierra y el arado?...

ESCENA SÉPTIMA

CONSTRUCTOR - VICTORIA - HORACIO

CONSTRUCTOR (apresurado).- ¡Hagan el favor!... ¡Don Nicola!...¡Horacio!... ¡Vengan un momento!...

VOCES.- ¿Qué pasa?... ¿Qué ocurre?...

CONSTRUCTOR.- ¡Traigo un herido!... ¡Un paisano viejo!...

VICTORIA (muy alarmada).- ¿Cómo?... ¿Quién?...

CONSTRUCTOR.- ¡No sé!... ¡Vengan, señores, un momento!... (Victoria corre delante.)

HORACIO (deteniéndola).- Quedáte vos... ¡Nada tenés que ver!...

VICTORIA.- ¡Oh!... ¡Yo voy!... (Vanse Victoria, Horacio, don Nicola y el constructor.)

ESCENA OCTAVA

PEONES 1° y 2° - ALBAÑIL

PEÓN 2°.- (observando, como los demás trabajadores).- ¡Che!... ¡Fijáte!... ¡Si parece don Cantalicio!...

PEÓN l°.- ¡Sí, es el mismo!...

ALBAÑIL.- No ha de venir muy mal herido cuando corcovea tanto.

PEÓN 1°.- ¿Qué le habrá pasao?

PEÓN 2°.- Dejuro que tu patrón lo ha llevao por delante con el aparato... Son piores que el ferrocarril esas máquinas... (Pausa.)

PEON l°.- ¡Mirá, che!... Se apea solo... (Pausa.)

PEON 2°.- ¡Oh!... ¿Y por qué esos gringos lo quedrán atajar?...(Pausa.)

ALBAÑIL.- Y porfía pa venirse... (Pausa.)

PEÓN 1°.- Ahí le sacan el poncho... (Pausa.)

PEON 2°.- ¡Dejuramente!... ¡Un cristiano no camina así!...

PEON 1°.- ¡Caray!... ¿Qué le habrá pasao?...

ALBAÑIL.- Lo que sea... Pero métanse, muchachos, al trabajo, si no quieren llevarse un café. A nosotros... ¿qué nos importa?... (Activi¬dad afectada en los peones.)

ESCENA NOVENA

CANTALICIO - PEÓN 2° - VICTORIA - HORACIO -

CONSTRUCTOR - DON NICOLA

CANTALICIO (desde afuera aún).- ¿Por qué no me han dejao?... (Rumor de voces.)

PEON 2°.- ¡Mírenlo!... ¡Pobre hombre, cómo viene!...

CANTALICIO (apareciendo sin poncho, tambaleándose, sostenido por Victoria y con el brazo ensangrentado).- ¿No están conformes con haberme molestao en vida?... Déjenme morir en paz... y ande se me antoje...

VICTORIA.- ¿Por qué es tan caprichoso?... ¡Aquí no tenemos nada para curarlo!... ¡Venga a casa!...

CANTALICIO.- No preciso que me curen. ¡Me viá a morir!... ¡Se acabó!... El criollo viejo ya no los incomodará más...¡Nunca más!...

DON NICOLA.- Atienda, don Cantalicio... La muchacha tiene razón... ¡Nosotros no queremos dejar que un criollo se muera como un perro!...

VICTORIA (alterada).- ¡Cállese, tata!... ¡Déjelo en paz!...

CANTALICIO.- Dejálo... Dejálo, muchacha... Puede decir lo que quiera... ¡Es dueño del campo!... ¡Está en su casa!... (Quejándose.) No puedo más... Lléveme, m'hijita... Sos la única gringa buena... allí...al ombú. Si lo voltean antes que me muera, dejen no más que me caiga encima... (Victoria lo conduce lentamente hacia el ombú.)

HORACIO.- ¿Y cómo fue eso?

CONSTRUCTOR.- Iba a todo galope, y al pasar junto a la máquina, el caballo dio una espantada y lo arrojó lejos... Le recogimos desmayado. Cuando volvió en sí...

HORACIO.- ¿Por qué no lo llevó a la chacra, amigo?...

CONSTRUCTOR.- Si se quería tirar del automóvil al pasar por acá... Por eso me detuve...

HORACIO.- ¡Qué desgracia!... Pero no ha de ser grave, ¿verdad?

CONSTRUCTOR.- ¡Cuando menos algo roto! Dio contra un poste...

CANTALICIO (acomodándose entre las raíces del ombú).- ¡Dejáme aquí no más m'hijita!... Entre estas raíces que parecen brazos... Era el destino de Dios que había de morir en mi misma tapera...

DON NICOLA.- ¡Caramba, don Cantalicio!... ¡Usted hace mal en ser tan porfiado!...

CANTALICIO (irguiéndose).- Retiráte... ¡gringo!...

TELÓN

ACTO CUATRO

LA CHACRA DE DON NICOLA REFORMADA

La chacra primitiva de don Nicola. El rancho ha sido substituido por una construcción de material revocada y pintada, con un alero, sillas y sillones de paja bajo el alero. El viejo edificio se conserva igual, sin el palomar. En el sitio del primitivo pozo un molino de viento, y en el patio, jardín reciente con un canterito en el centro. Donde estaba el abreva¬dero, más al fondo, parvas de trigo recién cortado en formación. Dos peones trabajan levantando horquilladas de paja. Muy-temprano en la mañana.

ESCENA PRIMERA

DON NICOLA - ACOPIADOR

DON NICOLA (saliendo con varias bolsitas de trigo).- ¡Aquí tiene las muestras!... El grano es parejito, como le decía... Yo no quiero engañarlo... No miento nunca...

ACOPIADOR (observa ligeramente el trigo).- Las conozco... las conoz¬co... El único trigo mezclado y sucio es el de la chacra de Rodini.

DON NICOLA.- No me diga... Ése es un abandonado... No lo tengo ya más de mediero... Han venido unos parientes míos, ¿sabe?, y les voy a dar ese pedazo de tierra para que empiecen a trabajar... Son gente pobre ¿me entiende?

ACOPIADOR.- Bien; por las instrucciones que tengo, podría ofrecerle treinta y cinco...

DON NICOLA.- ¿Cosa? ¿Cosa?... ¿Ma usté sabe lo que dice? ¿Se piensa que está tratando con gente que no entiende el oficio?... Aquí tiene "La Capital" del Rosario, de ayer... lea un poco... Vea esos precios...

ACOPIADOR.- Usted bien sabe que ese diario es alcista...

DON NICOLA.- ¿Alcista?... Alcista porque nos abre los ojos a los gringos... Y después de todo, ya sabe que yo hago negocio con Soberán, y si usted viene a proponerme que deje esa casa, ha de ser mejorando los precios... ¿Cómo quiere que yo me cambie de cliente sin ganar nada?...

ACOPIADOR.- Bueno, señor; déme las muestras y trataré de mejorar precio... si nos conviene.

DON NICOLA.- Como le parezca... Que le vaya bien...

ESCENA SEGUNDA

HORACIO - DON NICOLA

HORACIO.- ¿Qué decía ése?...

DON NICOLA.- Figuráte qué zonzería... Ofrece treinta y cinco... Se ha pensado que nosotros nos chupamos el dedo chico de la mano...

HORACIO.- Si me lo larga a mí, pronto lo arreglo.

DON NICOLA.- ¡Oh!... Yo también lo mandé bien arreglado.

HORACIO.- ¿Y la trilladora empezó?...

DON NICOLA.- La máquina ha llegado ya... Pero no puede comenzar todavía porque falta el encargado... que dice que se quedó con el birloche en la chacra de Baranda... Se espera que venga...

HORACIO.- ¿Me ataron el tílburi?...

DON NICOLA.- ¡Sí, creo que sí!... Pero no te vayas a ir, que tengo que decirte una cosa... Vos sabés muy bien que el constructor se andaba enamorando de Victoria... La muchacha ya es grande y tiene que casarse... Anoche el mozo me habló de la cosa... y yo le contesté que iba a pensar el negocio...

HORACIO.- ¿Sabe usted si Victoria le lleva el apunte? ...

DON NICOLA.- ¡Qué voy a saber yo!... Me he fijado... sí... y me parece que la muchacha le dispara... nunca andan juntos...

HORACIO.- ¡Si es así, ni qué hablar!... Ese asunto no lo resuelve nadie mejor que ella... consúltele usted.

DON NICOLA.- ¡Ah... no!... a mí me da... me da vergüenza hablar de esas cosas con la hija...

HORACIO.- ¡Vergüenza! ¡Qué rica cosa! Entonces se lo preguntaré luego o mañana...

DON NICOLA.- ¡Qué esperanza!... El otro me ha demandado la contes¬tación para hoy, antes de irse al Rosario... El constructor es buena persona, ¿eh?

HORACIO.- Se lo preguntaré en seguida... Pero le advierto que esas cosas no deben tratarse así... como un arrendamiento o como una venta...

DON NICOLA.- No digo eso... mas si a la muchacha le gusta... no hay que andar con tanto firulete...

HORACIO.- ¿Dónde andará Victoria?...

ESCENA TERCERA

MARÍA

MARÍA (saliendo con una bolsa de galletas en la mano).- ¿Victoria?...Debe estar con el viejo... con ese viejo criollo... curándole el brazo roto... No sé, de veras, para qué habrán traído en casa esa roba de gente...` Luiggin... ¡Oh!... ¡Luiggin!... Para trabajo no más... Son un mes y medio que lo estamos cuidando y gastando la plata con el médico y el boticario… (Impaciente.) ¡Luiggin!... ¡Luigg... in!...

ESCENA CUARTA LUIGGIN - MARÍA

LUIGGIN.- ¿Qué hay?

MARÍA.- Cuando la madre lo llama, se viene pronto, ¿sabe?... Agarró esa bolsa de galletas y llevála a los piones del bajo... Se podía haber quedado en su casa... y no venir a embromar a las familias... Y esa Victorina, que se pasa el día y la noche con el hombre, como si fuera su propio padre... y no hace lo que tiene que hacer... y deja que una mujer vieja tenga que andarse incomodando y cargando bolsas de galletas... (Coloca la bolsa sobre las espaldas del chico, que se va agobiado por el peso. Aparece por la derecha Cantalicio con el brazo amputado.)

HORACIO.- Haga el favor, mamá, de no hablar así... ¡Parece que no tuviera sentimientos!...

MARÍA.- Tengo sentimiento, tengo... Y no deseo mal de nadie... Pero es verdad lo que digo... ¿Qué nos precisaba tener en casa, ahora que hay tanto trabajo con la trilla, a un hombre enfermo que no sirve más que para incomodar?... Dejáme hablar, te he dicho. Si queríamos protegerlo al povero diavolo73 lo hubiésemos mandado al pueblo, a la fonda... Se pagaba lo que era... y se acabó... sin embargo, lo tenemos en casa y son dos trabajos... sobre todo porque la muchacha no hace nada por cuidarlo...

CANTALICIO.- ¡Don Horacio!... (Sorpresa.) Si me hace un favor... el último que viá pedirle; empriésteme un birloche pa dirme al pueblo... y un pión también, porque con esta manquera, ¡maldita sea!, no viá poder manejarlo...

ESCENA QUINTA

HORACIO - MARfA - CANTALICIO - DON NICOLA

HORACIO.- Haga el favor, mamá, de no hablar así... ¡Parece que no tuviera sentimientos!...

MARÍA.- Tengo sentimiento, tengo... Y no deseo mal de nadie... Pero es verdad lo que digo... ¿Qué nos precisaba tener en casa, ahora que hay tanto trabajo con la trilla, a un hombre enfermo que no sirve más que para incomodar?... Dejáme hablar, te he dicho. Si queríamos protegerlo al povero diavolo lo hubiésemos mandado al pueblo, a la fonda... Se pagaba lo que era... y se acabó... sin embargo, lo tenemos en casa y son dos trabajos... sobre todo porque la muchacha no hace nada por cuidarlo...

CANTALICIO.- ¡Don Horacio!... (Sorpresa.) Si me hace un favor... el último que viá pedirle; empriésteme un birloche pa dirme al pueblo... y un pión también, porque con esta manquera, ¡maldita sea!, no viá poder manejarlo...

HORACIO.- ¿Y por qué va a irse?... No está sano aún...

CANTALICIO.-Porque no soy sobra de naides... Bastante he incomoda¬do ya...

DON NICOLA (a María).- Camináte pa dentro, si no querés que te pegue una trompada aquí mismo... siempre ha de hacer zoncerías... Vieja loca...

MARÍA (yéndose).- ¡Lo que he dicho, lo he dicho!... Y tengo razón... ¡qué demonio!...

HORACIO.- No; usted no puede tomar en serio esas cosas... Ella misma lo aprecia... Estaría alunada... ¡Hablaba por hablar!...

CANTALICIO.- No hable más don Horacio... Yo sé que usted es muy güeno... casi tan güeno como su hermana, pero "esos otros" me tienen tirria... no me pueden querer bien... me voy, me voy...

DON NICOLA.- Mire, don Cantalicio... Usted sabe bien que yo no engaño nunca a las personas... nunca, ¿eh?... Bueno. Yo le digo que soy su amigo... Y le doy esta mano de amigo, ¿sabe? (Se la extiende.)

CANTALICIO.- Mire, don... ¡Ya no tengo con qué apretarle los cinco!... Me la han cortao... Y la del corazón... disculpe... disculpe pero no es pa usted... (A Horacio.) ¿Me hace aprontar el birloche? ¡Por favor!...

DON NICOLA (sacando la ceniza de la pipa).- Bueno... Está bien... haga lo que quiera. (Vase.)

ESCENA SEXTA

HORACIO - CANTALICIO

HORACIO.- Comprendo su delicadeza, don Cantalicio... Sin embargo, no tiene derecho...

CANTALICIO.- Derecho no; obligación... ¿Me hace aprontar el birloche?... ¡De no!...

HORACIO.- Venga acá... Siéntese y razonemos... Voy a traerle un sillón... (Sale Victoria.)

ESCENA SÉPTIMA

LOS MISMOS - VICTORIA

HORACIO.- Llegás a tiempo para ayudarme a convencer a don Cantalicio... ¡Quiere alzar el vuelo!... VICTORIA.- ¿Qué es eso?...

CANTALICIO (tristemente).- ¡Sí, hijita!... Como los caranchos... comen y a las nubes...

VICTORIA.- ¡Eso será si lo dejo! Usted es mío, viejo...

HORACIO (con el sillón).- Aquí tiene... Siéntese...

CANTALICIO.- Gracias... Como estoy con el pie en el estribo, les hablaré de parao... Ustedes son una yunta de güenos muchachos... Esta... ¡un alma de Dios!... Sé muy bien que han tenido lástima... (Protestas.) Sí, lástima del pobre criollo viejo... Me recogieron lisiao... pa curarme... Pero les pasó como a esos muchachos en el pueblo, que llevan a su casa un perro sarnoso que se han encontrao, y dispués resulta que los padres se lo echan a patadas puerta ajuera...

HORACIO (afectado).- ¡Oh!... ¡No!... ¡No!... Le juro... que...

CANTALICIO.- Les he dicho todo lo que tenía que decir y me voy... No crean que soy un malagradecido... ¡Por otro lao, ya les había anunciao que nunca me resolvería a vivir entre gringos!...

HORACIO.- ¿Pero somos gringos nosotros?

CANTALICIO.- No, pero lo son los otros... Y no hablemos más, don Horacio. Le declaro que si ahora mismo no me hace llevar al pueblo, me marcho a pie... ¡Palabra de hombre y de criollo!...

HORACIO.- Si es así... no habrá más remedio... Lo acompañaré yo...

CANTALICIO.- Que sea en seguida...

HORACIO (después de una pausa).- Voy a preparar el coche... (Victo¬ria llora, ocultando la cara entre las manos.)

ESCENA OCTAVA

Los MISMOS - MENOS HORACIO

CANTALICIO.- ¿Qué es eso, hijita?... ¿Quiere hacerme llorar a mi también?... ¡Le aseguro!... Si me voy es porque me han echao... Ya me estaba aquerenciando aquí... con sus cuidados.

VICTORIA (sin levantar la cabeza).- ¡Mentira! ¡Nadie lo echa!... Usted se va porque no me quiere.

CANTALICIO.- ¡Mucho, pero mucho!... ¿Cómo no había de quererte?... Si sos tan buena... Vamos, levante esa cabeza... Déme un beso y adiosito... (Se levanta.)

VICTORIA (echándose al cuello).- ¡Tata! ...¡Tatita!... Usted no puede irse... No se vaya... ¡No me deje sola!.. ¡Porque yo me muero!...

CANTALICIO.- ¿Tata?... ¡Oh!...

VICTORIA.- ¡Tata!... ¡Sí!... ¡Tata!... Usted es mi otro padre...

CANTALICIO.- ¡Me lo vas a hacer creer, muchacha!...

VICTORIA.- ¡Es la verdad! Por eso no puede irse...

CANTALICIO.- Si no hablás claro...

VICTORIA (serena ya).- ¿Me promete quedarse?...

CANTALICIO.- ¡Eso no! Perdonáme, pero...

VICTORIA.- Entonces, siéntese un ratito... (Se sientan.) Diga... ¿Usted no me había dicho que estaría muy contento si yo me casara con Próspero... y... le diera muchos nietecitos?...

CANTALICIO.- ¡Ya lo creo!... Pero se me hace muy difícil... ¡Imposi¬ble!... De tu parte, claro está que no... Los viejos es la cosa...

VICTORIA.- Bueno; por eso mismo es que quiero que no se vaya...

CANTALICIO.- ¿Pa convencer a los gringos? ¡Ah! ¡No, hijita!... ¡Ah! ¡No, hijita!... Eso sería como querer contar las estrellas. Nunca se cuentan y le salen verrugas a uno en los dedos...

VICTORIA.- Es que usted me puede ayudar de otra manera...

CANTALICIO.- ¡No sé cómo!...

VICTORIA.- Mire. A mí no me hacen casar con ningún otro... Me andan metiendo por los ojos al constructor y hasta creo que ya habló con tata el individuo... pero yo primero me escapo...

CANTALICIO.- ¿Y ande vas a ir?...

VICTORIA.- Me iría con usted... o qué sé yo...

ESCENA NOVENA

LUIGGIN - CANTALICIO - VICTORIA

LUIGGIN.- Manda decir don Horacio que el tilburí está pronto... Que si siempre piensa irse...

CANTALICIO.- ¡En seguida!... Alcanzáme el poncho, m'hija... y adiosito... (Se incorpora.)

VICTORIA.- ¡No! ¡No! ¡No! Me va a hacer llorar otra vez... Quédese quieto... ¡Si usted supiera!... ¡Lo necesito mucho!...

CANTALICIO.- - Dejáme... Es mejor que me vaya...

VICTORIA (a Luiggin).- Decíle que ya no se va... ¡Corre!... (Luiggin hace mutis.)

ESCENA DÉCIMA

VICTORIA - CANTALICIO

VICTORIA.- ¡Si yo le contara una cosa!... ¡No se mueva!... CANTALICIO.- Dejáte de historias y alcanzáme el poncho... VICTORIA.- ¡Es que es muy serio... tata!...

CANTALICIO (impaciente).- Bueno. Contálo de una vez. ¡Y se acabó!...

VICTORIA.- Es que... ¡Ja, ja! Me da risa y me da vergüenza... (Mirando en rededor.) Si quiere... se lo digo al oído...

CANTALICIO.- Pero tapáte la cara si es tan feo... (Victoria después de un instante de indecisión le habla al oído.)

CANTALICIO (levantándose).-' ¿Vos?... (Victoria, que se ha quedado muy avergonzada, hace una señal de asentimiento.)

CANTALICIO.- ¡Ave María Purísima!...

VICTORIA.- Fue en el Rosario... Mamá estaba en el hotel enferma... Próspero vino a verme y... ¡Por eso quiero que no se vaya!... Mañana, esto tiene que saberse, me descubren, y si no disparo, los viejos son capaces de matarme...

CANTALICIO.- ¡Pobrecita!... Y ese bandido fue capaz de...

VICTORIA.- Bandido ¿por qué?... ¡Pobre!...

CANTALICIO.- ¡Hija de mi alma!... ¡Dame un abrazo!... ¡Así!... ¡Ahora comprendo por qué mientras estaba enfermo me hablabas tanto de los nietecitos!... ¡Hija querida!...

ESCENA DECIMOPRIMERA

PRÓSPERO - CANTALICIO

PRÓSPERO (que ha salido un momento antes).- ¡Bravo! ¡Así me gusta!... ¡Bravo! ¡Bravo!...

CANTALICIO.- ¡Próspero! (Cae uno en brazos del otro.) Disculpá, hijo, si no puedo abrazarte bien... Es la primera vez que echo de menos el pedazo éste...

PRÓSPERO.- ¡Oh!... ¿Qué ha sido eso?...

CANTALICIO.- ¡No te ocupés de mí, hijo!... Ya lo sabrás... Andá y saludá a la gente...

PRÓSPERO.- Perdonáme. Victoria... (Le coge las manos.) ¿Cómo estás?

CANTALICIO.- ¡Abrácense!... ¡Si están deseándolo y no son mancos... como yo! (Se abrazan.)

ESCENA DÉCIMOSEGUNDA

MARÍA

MARÍA.- ¡Ah! ¡Porcachona!... ¡Sinvergüenza!... ¡Yo te voy a ense¬ñar!... ¡Bandida!... ¡Qué estás haciendo!... (Corre hacia Victoria, que va a refugiarse, asustada, junto a Cantalicio. Próspero se interpone.) Me las vas a pagar... ¡Te voy a encajar tres palizas!... ¡Indecente!... Ahora verás cómo te arreglo. Andá para adentro ya... ¡Ah!... ¿No querés

irte?... (Llamando.) ¡Oh! ¡Nicola!... ¡Nicola!... ¡véngase pronto... que hay un asunto aquí!... ¡Nicola!... (Con rabia.) ¡Nicola!... Vení un poco... que la he encontrao a Victoria como la vez pasada... (Volviéndose.) ¡Sinvergüenza!... ¡Mala hija!... (Reco¬nociendo a Próspero.) ¡Madona!... Si había sido con el compadrito

ESCENA DECIMOTERCERA

DON NICOLA - MARIA - PRÓSPERO - CANTALICIO

DON NICOLA.- ¿Cosa te sucede... para estar gritando y gritando conto un potrillo?...

MARÍA.- Figuráte que venía al patio y me la encuentro otra vez a esta sinvergüenza abrazada con un hombre...

DON NICOLA.- ¿Cómo? ¿Victorina?...

MARÍA.- ¡Igual que la vez pasada!

DON NICOLA.- ¿Qué significa eso?... ¡Caramba!...

PRÓSPERO.- Significa que... aun cuando el momento no es aparente ni tenía tal propósito inmediato, la oportuna intervención de esta señora me obliga a pedirle la mano de su hija.

DON NICOLA.- ¿Otra vez?... ¿Pero qué se ha pensado usted?... Ma diga un poco...

CANTALICIO (aparte).- Cualquier día van a poder negársela.

MARÍA.- No faltaba otra cosa... con el novio que le ha salido ahora...un constructor... que darla a ese criollo...

DON NICOLA.- Vos cállese y no grite... Usted, mocito, me va a decir lo primero qué cosa ha venido a hacer aquí a esta casa. PRÓSPERO.- Soy el encargado de la trilladora... señor... MARÍA.- Eso es una mentira...

DON NICOLA.- Usted calláte, te he dicho... (A Próspero.) Bueno; y entonces, ¿por qué no está allá en su trabajo de la máquina?... ¿eh?...

ESCENA DÉCIMOCUARTA

LOS MISMOS - HORACIO - VICTORIA

HORACIO.- ¿Qué pasa aquí?... ¡Hola, amigazo! ¡Cómo le va!... Se resolvió a venir... Ahí lo tiene a su viejo... Se lo hemos embargado...

DON NICOLA.- ¡Ah! ¡Es verdad que eran amigos ustedes!... ¿Pero

sabés vos lo que éste estaba haciendo con la muchacha... eh?...

MARÍA.- ¡La abrazaba!... ¡La abrazaba!...

HORACIO.- Eso sí que es grave... ¿Y ella?

MARÍA.- ¡Y la sinvergüenza también!... ¡Yo los pillé!

HORACIO.- Caramba... caramba... (A Victoria.) Vení acá vos...mosquita muerta... ¿Conque ésos habían sido los romanticismos?...¿Es tu novio?...

VICTORIA (confundida).- ¡Sí!

HORACIO.- Entonces viejo... no hay nada que hablar...

DON NICOLA.- ¡Eh!... Si vos te pensás que el muchacho vale la pena y a ella le gusta... a mí no me importa... Con tal de que sea trabajador...

PRÓSPERO.- Gracias, Horacio...

HORACIO.- Ahí lo tenés, Victoria... Supongo, Próspero, que nos hará gratis la trilla... Y usted, viejo... ¿se reconcilia ahora con los gringos?...

CANTALICIO.- Con los gringos... en la perra vida... ¡Con la gringa y gracias!...

HORACIO.- Mire qué linda pareja... Hija de gringos puros... hijo de criollos puros... De ahí va a salir la raza fuerte del porvenir...

PRÓSPERO.- Se está elaborando... Otro abrazo, viejo...

CANTALICIO (aparte).- ¡Qué se ha de estar elaborando, zonzo!... Ya está...

PRÓSPERO.- ¿Sí?... (Corre hacia ella.) ¡Vida, vida mía!... (La besa en la frente. Movimiento de estupefacción. Suena en ese instante una larga pitada.) La trilladora empieza...

DON NICOLA (apartando a Próspero).- Bueno, mozo... ¡A trabajar!...¡A trabajar!...

TELÓN

21 de noviembre de 1904.

PÓSLOGO

Generación del 900

El Uruguay de fines del siglo XIX y comienzos del XX es testigo, con Montevideo como principal escenario, de un acontecimiento cultural de especial importancia: el surgimiento de un grupo de escritores que, transitando por diferentes géneros, logran establecer pautas literarias que tendrán una contundente repercusión en las letras latinoamerica¬nas. Este grupo, tan heterogéneo como desunido, tan provocador como creativo, es conocido bajo el nombre global de Generación del 900, fecha que recuerda la publicación de Ariel de José Enrique Rodó (1871¬1917), ensayista, y libro clave en la formación de una conciencia americanista, que le valiera a su autor el título de "maestro de la juventud de América".

Dentro de este núcleo de creadores se destacan narradores de clara influencia en la cuentística de este siglo como Horacio Quiroga (1878¬1938), o de prosa menos relevante pero igualmente valiosa como Carlos Reyles (1868-1938) y Javier de Viana (1868-1926). El talento poético estuvo representado por la insigne y controvertida presencia de Julio Herrera y Reissig (1875-1910), considerado uno de los maestros del Modernismo y por dos figuras femeninas de personalidades bien dife¬rentes pero de relevancia muy parecida: María Eugenia Vaz Ferreira (1875-1924) y Delmira Agustini (1886-1914).

La filosofía tendrá su lugar de privilegio en el nombre de Carlos Vaz Ferreira (1872-1958) y el teatro lo mismo con Florencio Sánchez (1875-1910). A estos nombres especialmente significativos se les deben unir los de menor importancia como Armando Vasseur (1878-1969), Ángel Falco (1885-1971) o el temido Roberto de las Carreras (1873-1963) o personalidades que especialmente en la política, aunque también era poeta, tendrán un lugar ampliamente destacado como el caso del pensador Emilio Frugoni (1880-1969) y su medular actuación como fundador del Partido Socialista.

Como explica Carlos Real de Azúa, el 900 es una mezcla de roman¬ticismo, tradición y burguesía donde surgen nombres como los ya mencio¬nados, lugares de especial importancia como los cafés: Polo Bamba y el Café Moka donde el intelectual de café hace sus primeras lides, los famosos cenáculos como La Torre de los Panoramas comandada por Julio Herrera y Reissig, el Consistorio del Gay Saber de trágico fin al igual que su creador Horacio Quiroga, y con posturas que eran verdade¬ros desplantes para la época y que iban desde la bohemia trasnochadora hasta el dandysmo que promulgaba una exuberancia tanto en el vestir como en la forma de actuar. El dandy impulsaba con el mismo fervor el uso de una corbata estridente como el consumo de morfina y hacía del egoísmo y la sobrevaloración, valores fundamentales para resaltar en un Montevideo que se balanceaba entre los presupuestos del racionalismo y una creciente adhesión a la doctrina liberal.

E. Rodríguez Monegal, partiendo de la conocida teoría de Petersen para establecer qué elementos demarcan la existencia de un grupo al que se le pueda denominar generación, llega a la conclusión de que, "pese a claras diferencias (por radicales que pudieran ser), en lo fundamental -zona de fechas, vigencias compartidas, actitud polémica frente a la generación anterior- evidenciaban una postura común. Incluso podría anotarse en todos una misma posición frente a la creación literaria o intelectual, independien¬te de la tendencia en que militasen. Todos la concibieron desde un plano universal, levantando el punto de mira, incorporando su obra a la gran tradición literaria occidental (y no meramente española).

Por lo tanto este crítico considera a los creadores nacidos entre 1895 y 1925 como un núcleo generacional, y explica que factores como la herencia, ejemplificados en los hermanos Vaz Ferreira, Miranda o Martínez Vigil, la concordancia en cuanto a fechas de nacimiento ya que un período de dieciocho años une a la mayoría de sus integrantes, y el compartir la comunidad personal representada por el Montevideo de comienzos de siglo y que en algunos casos se extiende a Buenos Aires, son claros determinantes de unidad. A estos elementos les agrega la falta de una educación universitaria: con la excepción de Vaz Ferreira, los demás carecen y hasta rechazan ese nivel de aprendizaje; el hecho de que todos participan de las mismas experiencias y de manera muy especial las reacciones frente al Modernismo, como también el uso de un lenguaje generacional: "Su lenguaje es el del Modernismo, con lo que la voz implica de renovación de los medios expresivos, de transformación idiomática, de imaginería verbal." El factor de caudillaje, parece ser más contradictorio, pero por rechazo o aceptación surge inevitablemente la figura de Rubén Darío y en el ámbito estrictamente generacional, Rodó y Herrera y Reissig son las cabezas más visibles de este grupo.

Con estas características tan diversas como fascinantes, en un am¬biente cargado de influencias europeas, especialmente con los ecos del realismo y el positivismo, se desarrolla la labor de una generación marcada por la riqueza del decadentismo, un exacerbado pesimismo, la carencia de ideales y, sin saberlo, por un destino trágico. La mayoría mueren muy jóvenes, cuando sus obras comenzaban a afianzarse y proyectarse más allá de la escena rioplatense, pero esto no fue obstáculo para que su importancia e influencia en las letras hispánicas fuera tan relevante como admirable, de manera que el reconocimiento a ésa polémica Generación del 900 es ampliamente mayoritario.

Florencio Sánchez: la universalización de lo gauchesco

En este ambiente tan fermentai como polémico surge la figura de Florencio, con su andar desgarbado, una empecinada bohemia, su alcoholismo y el inequívoco talento de escritor. A

este hombre le va a tocar la misión de cambiarle la cara al teatro rioplatense superando el esquema estereotipado del gaucho para otorgarle una verdadera dimen¬sión humana, haciendo de sus conflictos el reflejo de permanentes luchas consigo mismo y con la sociedad, lo alejan de la imagen pendenciera, agresiva y solitaria a que lo había condenado la literatura anterior.

En el público de fines del siglo XIX se había afianzado el perfil violento del habitante de la campaña a través de ejemplos como las representaciones de los hermanos Podestá; recordemos que en 1884 se escenifica la pantomima basada en el folletín de Eduardo Gutiérrez titulado Juan Moreira, con el protagonismo del celebre actor José J. Podestá, cuya actividad escénica marcó el comienzo de la enseñanza actoral en el Río de la Plata. En ella el receptor encuentra acentuados los elementos negativos del gaucho, su permanente enfrentamiento con la autoridad, su resistencia a incorporarse a núcleos sociales, la violencia como respuesta a todos los conflictos; estos factores contribuyen a la creación de una idea parcializada del ambiente gauchesco. El notable éxito de esta obra y su reposición dos años más tarde con la inclusión del lenguaje hablado -hasta entonces se calificaba de mimodrama- acen¬túa la influencia del moreirismo en la concepción social del hombre de campo y también tendrá sus repercusiones literarias como en las creacio¬nes de los uruguayos Víctor Pérez Petit: Cobarde, Abdón Aroztegui: Julián Jiménez, Elías Regules: Martín Fierro y Orosmán Moratorio con Juan Soldao; a ellos se les une el entrerriano Martiniano Leguizamón con su celebrada Calandria, lo cual determina la concreción de un teatro claramente gauchesco.

Es evidente que la postura estética de Sánchez, tanto frente a la realidad rural como a la urbana, va a estar más cerca de la verdad y más lejos de la caricatura. Una de las razones más importantes que lo impulsan a mostrar el mundo circundante de acuerdo a sus precisos contornos es la influencia de las corrientes europeas, a través de lecturas y representaciones, las cuales lo emparentan con el realismo y el naturalismo. Ambos no son fáciles de delimitar, más teniendo en cuenta que el segundo es una consecuencia crítica del primero y que en el dramaturgo uruguayo las dos confluyen sin oposición.

Del realismo surgido en Francia a mediados del siglo XIX y como respuesta contundente a las exacerbaciones románticas, de las cuales el teatro gauchesco tiene mucho, Sánchez toma especialmente el afán objetivizador de la realidad, excluyendo la exageración e incorporando la verdad. Logra por medio de un lenguaje conciso la comunicación con un público al cual la deformación anterior de los problemas localistas no le habían permitido un verdadero enfrentamiento y diálogo con los conflictos humanos que son universales y que van a estar centrados especialmente en las clases medias y bajas de la sociedad. El realismo que en principio caracterizó a Balzac, Flaubert, Tolstoi o Gogol se va a hacer sentir enfáticamente en la concepción dramática de este autor.

El naturalismo -que tiene como figura principal la de Émile Zola y hace hincapié en el determinismo que ciñe el destino humano y en un cientificismo estricto, que reclama la comprobación de los hechos antes de su conversión en materia creativa- también colabora en la formación de Sánchez. Su influencia se refleja, por ejemplo, en su recurrente pesimismo, Barranca abajo da la pauta de esto, o en el afán de lograr con extrema precisión determinados rasgos de los personajes; su cuidado con el lenguaje lo demuestra claramente en La Gringa donde encontra¬mos muestras de este esfuerzo clarificador a través del uso y mezcla de italianismos con formas típicamente rioplatenses como el "vos", esta¬bleciendo así diferentes niveles del habla que denotan la diversidad en el origen de los dialogantes. El detallismo y su predilección por la exploración psicológica de sus criaturas también lo asocian con este movimiento, que junto con el realismo llega a estas costas en el repertorio de compañías famosas que incluyen, entre otros autores, nombres que indudablemente influyeron en Sánchez, como Ibsen, Giacosa y Bracco.

Con estos antecedentes el talento preciso de este creador logra mostrar los conflictos de una sociedad que es la suya, pero que en su problemática se emparenta con el mundo del cual hasta ahora era simplemente un tardío receptor.

LA GRINGA

Aproximaciones al texto

La Gringa pertenece al grupo de obras que, siguiendo la denomina¬ción de Tabaré Freire, podemos catalogar de "drama del criollo" y que incluye otras tres piezas: M'hijo el dotor (1902), Cédulas de San Juan (1904) y la célebre Barranca abajo (1905).

La Gringa, cuyo título hace referencia a la forma despectiva con que eran nombrados los extranjeros en el Río de la Plata, especialmente los italianos e ingleses. El texto fue estrenado en el Teatro San Martín el 21 de noviembre de 1904 por la compañía de Angelina Pagano, pero sólo se representó por diez días debido a problemas concernientes a los miembros del elenco. Su estreno provocó comentarios controvertidos especialmente porque se la comparó con la pieza de Roberto J. Payró Sobre las ruinas que había sido estrenada dos meses antes y con la cual tiene evidentes semejanzas temáticas; la crítica ha extendido las similitudes a otras dos obras: Los tejedores, de Gerhard Hauptmann y El derecho de vivir, de Robert Bracco, como también ha señalado su influencia en creaciones posteriores como El bronce de Belisario Roldán o Mustafá de Armando Discépolo. Su reposición cuatro años después le otorgó el éxito y el prestigio que le fue esquivo en el comienzo.

Sánchez escribió esta pieza bajo la presión de la compañía que había pagado por adelantado parte de sus servicios y el dramaturgo debió recurrir a excusas, como un supuesto viaje a Montevideo, para darse el tiempo suficiente y cumplir con lo acordado. Del testimonio de esta premura, ejemplo de la bohemia y falta de disciplina inherentes al escritor, se da cuenta en el artículo de M. Dumas titulado "La Gringa" y publicado en Fray Mocho, Buenos Aires.

Pensada en unos días, escrita en una noche, leída en la casa de su amigo José Ingenieros, publicada parcialmente por las revistas Ideas y Caras y Caretas, surge una pieza que origina opiniones tan dispares que van desde la afirmación desde la Tribuna de Joaquín de Vedia quien opina: "Se trata de una pieza modelo de su género", hasta la contundente de A. Vázquez Cey: "una de las más débiles del escritor uruguayo... No es espíritu teatral sino novelístico y episódico el que allí prepondera" o la de E. Anderson Imbert:

"La construcción de La Gringa es floja. El drama se realiza ante nuestros ojos: el espectador ve cómo comienzan los amores de Próspero y Victoria y las dificultades de Cantalicio; pero la presentación no sacude al espectador porque el esquema es previsible como un teorema geométrico."

La fragilidad de su estructura es evidente, la solución al conflicto dramático /accidente de Cantalicio, llegada de Próspero y reconcilia¬ción/ carecen de desarrollo y son producto de una casualidad que hace más endeble un andamiaje que tiene su punto fuerte en la creación de personajes y en el reflejo de la realidad campesina mediante un acertado naturalismo, pero no en la organización dramática. En una opinión más reciente que las anteriores, Enrique Giordano señala con respecto a esta obra lo siguiente:

"El sistema de signos de La Gringa y el mundo representado que ofrece es de la misma índole que las obras anteriores y no se hace necesaria su reproducción. Cabe anticipar, sin embargo, que lo imperfecto o inconcluso de la estructura global hace que Sánchez recurra por necesidad de la significación a ciertos grados de autonomía del signo para abarcar los elementos que de acuerdo al encadenamiento naturalista no pueden darse. Así, superpone cierto grado de literalidad que lo conducirá a un tipo de teatralismo incipiente y ocasional."

Es evidente que esta pieza carece de la estatura trágica de Barranca

Abajo, pero ha sobrevivido especialmente por su carácter testimonial y

por la vigencia de los conflictos surgidos por la mezcla de grupos

diferentes. J. Lafforgue señala como rasgos a favor lo siguiente:

"La Gringa no tiene primores de estilo, ni caracteres muy profundos -se compara el esquematismo de Cantalicio y la complejidad de Zoilo- y casi carece de crescendo dramático; pero se ha coincidido también en que muestra como ninguna otra obra la garra

de Sánchez para evocar cuadros del campo criollo hacia fines del siglo pasado, su don de observación y su gran destreza para contrajugar varios personajes a la vez."

¿Cuál es el conflicto?

La obra muestra el enfrentamiento entre dos formas de vida opuestas, por un lado la familia de un emigrante italiano de origen piamontés que ha llegado a tierras santafesinas con el único propósito de progresar y hacer dinero y por el otro un criollo venido a menos que no soporta la pujanza de la presencia extranjera, y para quien su hijo, su chacra y el ombú son bienes que, aunque no ha sabido defender, se niega a perder frente al "enemigo".

El grupo familiar tiene como base a don Nicola, un italiano que sólo piensa en el trabajo, su mujer María, ahorrativa al máximo, y sus hijos de los cuales se destacan Horacio, universitario que vuelve al campo a volcar sus ideas progresistas y Victoria que permanece en la chacra acatando la inflexible autoridad paterna. El criollo Cantalicio sólo tiene un hijo, Próspero, que frente a la decadencia económica de su padre y la imposibilidad de pretender a Victoria, decide alejarse para lograr una solidez que lo dignifique frente a los ojos de su futuro suegro.

En la obra, desde el comienzo se da la desposesión total del gaucho y el ascenso económico de los extranjeros. Cantalicio debe abandonar sus tierras que quedan legítimamente en manos de don Nicola mientras que Victoria y Próspero encuentran la forma de que el amor se mantenga vivo y logran incluso verse clandestinamente, aprovechando la enferme¬dad de doña María en la ciudad. A esta circunstancia se le une el hecho de que Próspero también anda por la región y además conoce a Horacio con el cual simpatiza. Toda esta acumulación de hechos fortuitos hacen prever un final feliz donde la unión de las dos razas simbolizada en el nuevo vástago -hijo de Victoria y Próspero- sustenta la tesis de integración de la obra.

¿Quién es quién?

DON NICOLA: jefe de la familia de inmigrantes, propietario de tierras que se van ensanchando considerablemente. Emprendedor, trabajador y optimista. Usa y abusa de la energía propia y de la de sus peones para lograr un progreso económico que es marcado por las acotaciones escénicas de la obra. Su mundo de valores, opuesto al del criollo, está basado en el trabajo sin descanso y en la acumulación de riquezas; en base a estos dos

elementos y a una autoridad inflexible crea la imagen del nuevo poblador de la campaña argentina.

MARIA: esposa de don Nicola, tan vital como tacaña y agresiva; los criollos son para ella un estorbo del pasado con el cual no está relacionada y por lo tanto sólo desprecia y ataca cada vez que tiene oportunidad. No tiene conflictos interiores y su vida depende de las decisiones de su marido y de un sentido práctico de la vida ejercido sin concesiones.

HORACIO: el hijo de ambos, es universitario, es la versión refinada de sus padres. Su contacto con la sociedad y especialmente con la ciudad lo ha hecho más paciente y menos agresivo en su relación con los paisanos, aunque evidentemente mantenga las distancias. Con su educación trae al campo métodos más modernos de producción que le van a asegurar el progreso que tanto ansía don Nicola, y por sus características humanas y profesionales es un símbolo claro del advenimiento de la nueva raza propuesta por Sánchez.

VICTORIA: la hija de los inmigrantes va a ser la encargada de unir las partes en disputa a través del amor que siente por Próspero y el hijo que espera de éste. Embarazo que señala por un lado la burla a una férrea educación paterna y por el otro el anuncio de la nueva estirpe que, en base a la integración, poblará el campo argentino.Tiene el vigor de lo nuevo y seguridad en sus objetivos.

CANTALICIO: es el pobre criollo que ha perdido por desidia sus campos y se niega a aceptar la realidad. Destrata e insulta a los gringos como único medio de defensa y de desahogo para un rencor que sólo va a mitigar la sorpresiva noticia de la llegada de un nieto. No tiene, como el italiano, un núcleo familiar que lo apoye y debe enfrentar solo tanto su decadencia económica como los reproches de su hijo, la tala del simbólico ombú y las culpas por no haber evitado la destrucción.

PRÓSPERO: es el único hijo de Cantalicio y se enamora de Victoria. Este joven decide dejar el lugar en el que su padre se ha fundido, no sin antes enfrentarlo con la verdad. Un personaje plenamente decidido en sus metas, va a lograr lejos de su pago y con otro gringo, Mr. Daples, el afianzamiento económico y el respeto social que no tiene en el suyo. Su regreso, tan casual como necesario, va a asegurar el final feliz que la tesis de Sánchez requiere, uniendo los grupos desiguales y proyectándolos hacia el futuro.

LA INITOLERANCIA DEL OTRO

Así comenzó el conflicto

La Gringa ha sido creada básicamente en la idea de confrontar de dos grupos humanos con orígenes, costumbres y valores diferentes. Por un lado los criollos, dueños de la tierra, los animales, el paisaje y todo lo que ellos simbolizan como elementos de una tradición y una herencia que no estaban dispuestos a compartir y mucho menos a otorgar. Por otro los inmigrantes, en este caso italianos, como la mayoría que ocuparon Santa Fe a fines del siglo XIX y comienzos del XX, y fueron ocupantes fortuitos de un lugar ajeno que irán haciendo suyo a través del trabajo y la dedicación.

Al empezar la obra, el receptor es ubicado en un determinado lugar y tiempo: "La acción en la provincia de Santa Fe, época actual"; esta precisión debe ser contextualizada en referencia a uno de los procesos de colonización más importantes de la Argentina y que convirtió a ese lugar en un importante foco de desarrollo agrícola. El proceso de incorporación de emigrantes europeos había comenzado en 1856 con la colonia denominada Esperanza; esta experiencia se repitió con éxito y determinó que partes inhóspitas y totalmente despobladas de la campaña comenzaran a cambiar su aspecto mediante el impulso de los nuevos pobladores, que traían no sólo experiencia y conocimiento para la labor que iban a desarrollar, sino una concepción diferente de la sociedad, la vida y la actitud frente al trabajo.

Este enfrentamiento es por supuesto mucho más complejo y delica¬do que el planteo esquemático con que Sánchez lo presenta e incluso el final feliz tan abrupto como inverosímil, deja de lado los avatares de un encuentro que se produce fundamentalmente después de una labor sostenida de confrontaciones, miedos, odios, envidias, recelos y total desconfianza, tanto de una parte como de la otra. Este encuentro violento entre el mundo criollo y el gringo es un ejemplo típico de xenofobia, palabra que lamentablemente no ha dejado de ser parte de nuestro vocabulario ni de nuestra problemática social y que en su origen griego significa: odio, hostilidad o repugnancia a los extranjeros.

¿Quiénes se enfrentan?

En La Gringa encontramos la dramatización de ese conflicto a través de la individualización: Nicola/Cantalicio o de la colectiviza¬ción gringos/criollos. A la vez que paralelamente se va produciendo la contramarcha de esta lucha con personajes conciliadores como Horacio o que explícita y premeditadamente, como la pareja

Victoria/Próspero, logran llevar a cabo la idea fundamental de la obra que es encontrar la solución a través de la fusión de los dos grupos en pugna, materializando el impulso optimista que Sánchez le imprime a esta pieza y en la que radica parte importante de su éxito. Conflicto y solución son igualmente visibles desde el comienzo; por lo tanto prácticamente no existe una afinada estrategia dramática sino una simple apelación a simpatías o rechazos, que tendrán en un equitativo desenlace la compensación necesaria.

La relación Nicola/Cantalicio es la expresión más evidente de una pugna provocada por el flujo inmigratorio y se establece dentro de las coordenadas de intolerancia, agresividad y desconfianza, sin llegar a la violencia física que, si bien está implícita en este tipo de enfrentamientos, Sánchez deja totalmente de lado. La obra plantea los problemas que surgen a partir del encuentro forzoso de dos formas diferentes de vida y del descubrimiento de otro ser que no responde a los esquemas sociales a los cuales cada una de las partes están acostumbradas. El criollo en su espacio original se convierte en el Otro, y el gringo en un espacio impuesto lógicamente también. Uno por imposición y otro por elección deben comenzar la difícil tarea de conocerse a través de las diferencias que es, en definitiva, una forma impuesta de descubrirse a sí mismo.

Para demostrar lo complejo de esta percepción del otro como un extraño/extranjero nos basaremos en T. Todorov, que estudia este problema en su libro La conquista de América, acontecimiento por demás claro del origen de la xenofobia en nuestro continente:

"Uno puede descubrir a los otros en uno mismo, darse cuenta que no somos una sustancia homogénea, y radicalmente extraña a todo lo que no es uno mismo: yo es otro. Pero lo otros también son yos: sujetos como yo, que sólo mi punto de vista, para el cual todos están allí y sólo yo estoy aquí, separa y distingue verdaderamente de mí.

Es esta insistencia en los puntos de vista personales que hará incom¬patible la relación entre los personajes más viejos y ese mismo cerra¬miento que prescinde de cualquier tipo de tolerancia se va a ejemplificar en las agresivas intervenciones de María o en los diálogos entre los personajes secundarios representantes de un núcleo o del otro. El encasillamiento en un aquí plenamente satisfactorio los inhibe de una propuesta de proyección que habilite un entendimiento más o menos posible. El ejercicio sistemático de la xenofobia supone, no solamente la repetición de reacciones y hábitos que profundizan el aislamiento, sino también la pretensión autoritaria de que el Otro para ser aceptado tiene que parecerse al Yo que lo juzga desde un aquí cargado de estereotipos.

Con esta carga de intransigencia se desarrollará La Gringa y desde el comienzo la oposición es por de más evidente, como también las acusaciones que revelan la imagen que Nicola tiene de Cantalicio y viceversa. Este último es tratado indirectamente de ladrón (acto I, esc.VII) y la rivalidad entre ambos queda por de más expresa en el momento que Cantalicio debe reconocer que no puede hacer frente a lo adeudado, (acto I, esc. XIII, XIV y XV)

incluso para comenzar la conver¬sación, el italiano no sólo trae los papeles sino también un arma como la acotación lo expresa (acto I, esc. XV). Esta predisposición contra el criollo también afecta a los jóvenes y Nicola es tan severo con el viejo como con el joven Próspero (acto I, esc. XVII) y a los dos por motivos distintos los va a separar del núcleo familiar prácticamente al mismo tiempo, y es durante la ausencia de los criollos que el lugar cambiará radicalmente de aspecto. El progreso económico y la inversión tecnoló¬gica demostrarán que los invasores de la campaña, o los "estrangis" como los llaman los peones (acto I, esc. VIII) han hecho por ella más que sus dueños originales.

Para Cantalicio es catástrofe lo que para sus enemigos es progreso; la acusación de ladrón se revierte, pero sabemos que la pérdida del campo no se ha debido a la mala intención de Nicola, sino a la pésima administración del criollo, el cual también es culpable de la soledad que lo aniquila al final del acto segundo: "No tengo plata ni chacra y he nacido en este país. Sos muy honrao y sin embargo me querías estafar los poquitos ríales que me dejaste" (acto III, esc.IX). La culpabilidad como los defectos no son asumidos corno propios, sino proyectados en el intruso; el Otro, en la medida que tiene o logra los valores que él ha perdido o no ha sabido conseguir se convierte más que en un extranjero en un enemigo, tan depositario de sus fracasos como dueño de sus tierras. El acercamiento entre ambos personajes es imposible, no por diferencias lingüísticas y geográficas sino porque las divergencias entre ambos son vistas como defectos y la intransigencia como norma de trato.

El espíritu detractor que anima a Nicola y Cantalicio también se refleja colectivamente, por ejemplo en el diálogo de los peones ya mencionado, o en una de las mas acertadas escenas de la obra, la de la fonda (acto II, Esc.II), donde las diferencias entre paisanos y colonos se refleja no sólo en el simple parlamento del fondero: "¡Ya va, hombre! ¡Hijo del pais para ser barullento! Nilda: andá a servir a ése", sino especialmente en la despiadada actitud del médico, de negarse a atender inmediatamente al enfermo porque no es un colono sino un humilde peón del mediero o en el cambio de actitud del cura para quien la enfermedad es signo de preocupación solamente si le aqueja a los dueños del campo.

La diferencia se da en distintos niveles y a través de conductas variadas con consecuencias también diversas, pero en esencia es el repetido ejercicio de una sostenida intolerancia que se mantendrá hasta el final de la obra; recordemos la actitud persistentemente agresiva y despreciativa de María, no sólo como reacción a las relaciones de su hija con Próspero, sino también con referencia a Cantalicio (acto II, esc.IV) y después del accidente de este último, (acto IV, esc. III, IV y V). Incluso las aseveraciones del criollo viejo, después de haber recibido ayuda de los gringos, revelan la tenacidad en su discrimina-ción: "Les he dicho lo que tenía que decir y me voy. No crean que soy un mal agradecido. Por otro lao, ya les había anunciao que nunca me resolvería a vivir entre gringos" (acto IV, esc. VII) o su intransigen¬cia en el final como respuesta a la pregunta de Horacio si se reconcilia con la familia: "Con los gringos... en la perra vida. ¡Con la gringa y gracias!" (acto IV, esc. XVI).

¿Es posible un cambio?

El cambio sólo surge de la nueva generación, y el final feliz se debe más a los forzados recursos de Sánchez como dramaturgo que a la buena disposición de la generación específicamente cuestionada. De las posibles alternativas que en esta relación con el Otro plantea Todorov, este autor señala tres ejes importantes en los cuales es posible situarlo:

"Primero hay un juicio de valor (un plano axiológico): el otro es bueno o malo, lo quiero o no lo quiero... es igual o inferior a mí". Luego se produce una "acción de acercamiento o de alejamiento en relación con el otro", y este proceso va a estar signado por la posibilidad y capacidad de atrapar al "extraño", o el efecto inverso, como también la llegada a lo que él llama "un tercer punto, que es la neutralidad y la indiferencia". En tercer lugar ubicaría los variados matices entre el conocimiento o la ignorancia total hacia el otro.

En La Gringa la valoración del extraño está condicionada por una predisposición de ambas partes a considerar bueno sólo lo conocido, de manera que la aceptación es imposible dado el carácter de totalmente extraño que cada grupo mantiene. La unión vendrá por los jóvenes quienes descubrirán a través del amor, la amistad y el trabajo una forma más satisfactoria de acercamiento, que también implica, en este caso, un atrapamiento de los criollos en las coordenadas de vida de los "nuevos gringos", Horacio, por ejemplo, que se perfila como el producto de una fusión entre lo heredado y lo aprendido. La neutralidad no existe y el conocimiento dependerá de un largo camino de aceptaciones y discre¬pancias porque la ignorancia del Otro, en la medida en que se comparte un espacio, o sea una realidad y su contexto, es imposible.